





18vo Concurso de Cuentos
Radio Santa María
Ganadores 2011



Primera edición, septiembre de 2011
18º Concurso de Cuentos de
Radio Santa María: Cuentos ganadores

Diseño de edición:
CARLOS FCO. FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación, composición y diseño de portada:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA.

Corrección de pruebas:
LUIS BEIRO ÁLVAREZ

Cuidado de edición:
EQUIPO EDITORIAL DE RADIO SANTA MARÍA

Ilustraciones interiores y portada:
DELFINIEVES BATISTA LAPAIX

Impreso en Santo Domingo.
República Dominicana.

Es propiedad de Radio Santa María.

Índice

Pág.

A manera de salutación:
del P. Eduardo García Tamayo
Director de Radio Santa María ----- 7

Palabras de la
licenciada Estela León de Fernández
Vicepresidenta de Asuntos Corporativos
Grupo León Jimenes ----- 10

Cuentos Premiados

Primer Premio:
Alturas que matan
Seudónimo: Norma
Autor: Roque Diómedes Santos ----- 15

Segundo Premio:
Dominicus Sireinoform
Seudónimo: Clarice Lispector
Autor: Sherezada (Chiqui)Vicioso ----- 29

Tercer Premio:
Gonsalves o el tiempo y sus tinieblas
Seudónimo: Lievin Oblonski
Autor: Olivier Batista Lemaire ----- 53

Cuarto Premio:
Breve antología del amor antiguo
Seudónimo: Mamita Muralla
Autor: Eliezer (Emil) Matos ----- 79

Menciones de Honor

Primera Mención:

Locos por Tania

Seudónimo: Un tal Lucas

Autor: Danilo Rodríguez ----- 91

Segunda Mención:

Personajes

Seudónimo: Osiris Beltrán

Autor: Laydi Laura Liriano Balbi ----- 105

Tercera Mención:

El Equilibrista

Seudónimo: Irazabi

Autor: Sheilly Núñez Guerrero ----- 112

Cuarta Mención:

Volver con la muerte

Seudónimo: Eros Mustafá

Autor: Roberto Adames ----- 116

Quinta Mención:

Sobrevivientes

Seudónimo: Némesis

Autor: Javier de Jesús Rodríguez Diloné ----- 122

Anexos

Acta única ----- 129

Palabras de agradecimiento

de Roque Diómedes Santos

a nombre de los premiados ----- 131

Palabras de Salutación

P. Eduardo García Tamayo, SJ

Director General

Radio Santa María

En noviembre de 2010 y en La Vega, Radio Santa María dio apertura a la decimoctava versión del Concurso de Cuentos, en unión del Grupo León Jimenes. Y en este momento, nos aprestamos para hacer la premiación correspondiente.

Una vez más, desde 1993, el Grupo León Jimenes nos acompaña en este acto de reconocimiento a los autores y autoras agraciados en esta nueva versión del Concurso de Cuentos Radio Santa María. Dieciocho años es un espacio de tiempo considerable. Que en nuestro país, una institución mantenga en alto el interés por un concurso como este, resulta digno de admiración y agradecimiento. Por eso, hacemos público reconocimiento al Grupo León Jimenes por ese apoyo sostenido a esta iniciativa cultural que convoca a los escritores y escritoras del país a presentar sus cuentos y premia a los mejores.

Este año, el acto de premiación ha tenido lugar en mayo -y no en abril- en razón de una Semana Santa que vino tardía,

como la luna de pascua, retrasando todas las fechas. Pero ha valido la pena para permitirnos celebrarlo en el marco de la XIV Feria Internacional del Libro, convocada por el Ministerio de Cultura de nuestro país y en esta Sala de la Cultura del Teatro Nacional.

En esta decimoctava versión, 110 autores y autoras han presentado al Jurado 241 obras, quince más que en 2010, lo que sigue demandando del Jurado el trabajo arduo y paciente de leer todas las obras, marcar una veintena de ellas y, finalmente, seleccionar las mejores.

75 autores y 35 escritoras han presentado sus obras, un ligero descenso en el número de autoras respecto del concurso anterior. Los capitaleños y capitaleñas han aumentando su presencia, llegando a 44 escritores. Veintidós veganos pasan a ser este año el segundo grupo más numeroso de autores, seguidos por diecinueve oriundos de Santiago. En conjunto, 58 cibaeños y cibaeñas, incluyendo Puerto Plata, conforman el grupo regional más numeroso. Del suroeste del país, cinco escritores presentaron sus obras, mientras que tres nacionales enviaron sus contribuciones desde el extranjero. A todos y a todas agradecemos el trabajo realizado y, para ellos, pido un aplauso.

La presentación de todas estas obras es un indicio de que se escribe más en el país. Que aumenta también el número de hombres y mujeres que cultivan esta narración corta que es el cuento. Y que afluye un mayor número de obras. Sin

duda, un concurso constituye una selección drástica. Menos de un 4 % de las obras presentadas recibe un reconocimiento. Pero no solo cabe destacar el número de los premiados. Hay mucha esperanza en que más de un centenar de autoras y autores se afane por contar una historia real o ficticia, una vivencia, unos recuerdos, una percepción de algún fragmento de la realidad. Mientras haya dominicanos y dominicanas que conciban y escriban historias, mientras haya quien componga, quien cante, quien piense y quien baile al son de algo nuevo, hay esperanza. Aún hay lugar para lo inédito, lo nunca visto u oído. Y ese es el horizonte de lo humano: avanzar hacia un futuro que recoge lo mejor del pasado y postula una nueva frontera que conquistar.

Que esa inspiración que viene, en último lugar, del Padre de todas las luces siga descendiendo y gestándose en los hombres y mujeres de nuestra patria que se atreven a escribir para nosotros, los que tenemos la oportunidad de leerles y compartir su mundo interior, sus cuitas.

Muchas gracias.

Palabras de
Estela León de Fernández
Vicepresidenta de Asuntos Corporativos
Grupo León Jimenes

Con la contribución de cada uno podemos construir esa mejor nación que todos anhelamos. Cada quien desde su terreno puede colaborar para ello. Por ejemplo, unos escribiendo cuentos, otros estimulando cada letra y algunos más para apoyar esta iniciativa. Es por ello que desde hace 18 años, muchos de los que estamos en esta sala nos hemos reunido en torno al Concurso de Cuentos de Radio Santa María.

Lo hacemos porque creemos en el pueblo dominicano, en su capacidad de expresión, en su inventiva y en los talentos que se han destacado en diversas ramas.

El Grupo León Jimenes camina junto a Radio Santa María desde los inicios de este concurso ,a principios de la década de los 90. En casi veinte años, hemos conocido impresionantes historias, tanto las que leemos y hemos tenido el privilegio de premiar, como las de quienes las han escrito, reconfirmado así el valor de nuestra gente.

Agradecemos a Radio Santa María el habernos hecho sus cómplices desde el nacimiento de este concurso literario; el trabajo que ustedes realizan permite que escuchemos las voces dominicanas desde cada rincón que habitan los dominicanos: de comunidades en provincia, de nuestros barrios, de la lejanía de la migración.

Extendemos nuestras felicitaciones a los ganadores y a cada uno de los concursantes, el respaldo que ustedes brindan con su participación ha ayudado a construir este certamen que hoy celebra su adulterez en el marco de la fiesta literaria que constituye la XIV Feria Internacional del Libro de Santo Domingo 2011.

Muchas gracias.

Cuentos Premiados



Primer Premio

Alturas que matan

Seudónimo: Norma

Autor: Roque Diómedes Santos

Me llaman del despacho del General; esta no es la novedad, sino quién llama. Apenas le reconozco la voz por el auricular, jadeante, silenciosa, temerosa, como quien a su vez le han llamado de donde no suelen hacerlo y, lo peor, le piden lo impensable. Hubo un crimen en la Anacaona. El teniente Gutiérrez está de licencia -un disparo accidental en la rodilla-; el regalito me cae de los cielos. Llevo treinta y seis horas continuas realizando la investigación preliminar de los crímenes que han sucedido en esta ciudad. Del despacho del relacionador público darán una rueda de prensa sobre este crimen que aún desconozco y quieren una explicación con datos concretos: occiso, móvil, proceso de la investigación, arrestados, sospechosos, en fin...

En realidad, sólo me tocan las secciones A y B de la zona sur de La Capital, pero es una zona muy caliente: demasiados crímenes en tan breve tiempo. No bien termino de rendir un informe, ya me llaman para el otro caso. Con el accidente familiar de Gutiérrez -la próxima vez la mujer le

disparará en la cabeza- tengo la zona E, donde ha ocurrido el crimen por el que el Jefe en persona se toma la molestia en llamar. Aunque estas llamadas me asustan, son como una ventanita a algo interesante, nuevo, algo que me saca de la rutina de estos crímenes barriales de mi zona. La verdad es que en mi sección ya no ocurren crímenes que ameriten una investigación profunda; todo el mundo sabe hasta los detalles más mínimos y siempre están deseosos de colaborar con la policía, pues, la razón siempre es la misma, tan banal como mediocre: o el marido celoso mata la esposa y luego se suicida (¡nunca inician el rito al revés!) o bien la población acribia al delincuente. Como ya no damos más para tanto crimen, la gente se organiza y nos hace el favor, los desaparece; así no hay que investigar nada, apenas rendir un informe de la víctima; ¿y los victimarios? Bien, gracias...

El compañero que tengo es un novato con ganas de aprender. Pregunta más que un loro en la escuela. Pero es bueno; en un par de meses podremos enviarlo a los casos más insignificantes, para que coja práctica. Tengo una llamada en el celular que no quiero atender. Reviso el número en la pantalla. El General me llama de su despacho nueva vez: es fácil recordar sus últimos dígitos. Esto es grave. Con certeza, algún tutumpote yace con la boca abierta y la enorme barriga al desnudo. Muerte más indecorosa para los de high class, siempre con sus vainas. Un muerto es un muerto, amén de ciertos detallitos que complican o resuelven las cosas. Le tengo cogida la seña al General: siempre que llama de su despacho, hay problemas, serios problemas

con algún crimen que no debió suceder en estos momentos, pero sucedió y hay que aclararlo en menos de lo que canta un gallo, con el mayor sigilo posible. En casos como estos, hay que trabajar más en menos tiempo. Dígame, señor. Sí, señor. Estamos a cinco minutos del lugar del hecho, sí señor. ¿Sabe el nombre de la víctima, señor? Entiendo, señor. ¿Qué piso dijo que es? No, señor. Lo mantendré informado, señor... ¡Mierda, ahora sí me la pusieron difícil: el hombre está en la azotea! ¿Cuál es la manía de morir en las alturas? Seguro que este tendrá dinero, otro más cuyo dinero no le compró un minuto más de vida. Imagino que vivirá en un penthouse de esos que valen entre diez y quince milloncitos. Si me hiciera con uno de esos, lo vendería de inmediato. Me gustan las casas con patio, sentir la tierra, criar animales. En estos edificios de apartamentos, si tienes un animal ha de ser un perro, mejor si es de esos enanos...bueno, también los gatos; son los preferidos de las señoras adineradas y muy solas... Santos, ¿cómo le llaman a esos perros enanos que tienen estas mujeres famosas de la tele?... ¿Salchichas?, me responde con una pregunta. Es buen indicio de que se dará bueno en el oficio. Imagino que es con ellos que hacen los perros calientes, teniente. Ahí lo mata. Santos tiene un pésimo humor y, como dicen ahora, “no pega una...”. Bueno, es mejor dejarse de pendejadas, que la noche será larga, un alto ejecutivo bancario está muerto y el General quiere el caso resuelto para esta noche. No es buena idea morirse en medio de un juicio en el que serás el principal testigo de la defensa.

Llegamos al edificio. La gente curiosa se entera de la situación e inunda el parqueo y el jardín, frente a la edificación. Mi imagino al Gutiérrez describiendo el moderno edificio: vanguardista, minimalista, con tendencias posmodernas que equilibran armónicamente con el paisaje exótico... Gutiérrez y su mariconería arquitectónica; ni él mismo se entiende cuando hace esos paréntesis, alardeando de sabelotodo.

Los curiosos de siempre nos miran de soslayo y comentan quedamente alguna tontería. Ya he aprendido a no tomarlos en cuenta en el curso de la investigación; rara vez se saca algo bueno. Me gustan los que viven solos; esos sí conocen al dedillo la vida de los demás, quién entra, quién sale, quién se acuesta temprano, quién tarde, enemigos, amigos y un montón de etcéteras inútiles que no dicen nada. Creo que me estoy poniendo viejo en esta vaina, voy de lo sublime a lo bajo en mis pensamientos, sin darme cuenta. Cansancio, “jartura” y vejez. El trinomio de la jubilación y la muerte. ¿Qué haré cuando deje todo lo que he hecho y lo que he sido durante los últimos treinta años de esta vida miserable?

Bueno, me dejo de cosas y me pongo a ver cómo nos informamos de la situación. Creo que no será necesario; el vigilante del edificio viene hacia nosotros, acompañado de dos señores que por la pinta residen en ese paraíso. Siempre me

he preguntado si la gente que vive en edificios tan caros, tendrá algún tipo de problemas. Sé la respuesta. Nos presentamos. Examino al guachi en una primera mirada exploratoria. Un infeliz en medio de la riqueza; con certeza sabe la vida íntima de todos estos señores cuando las esposas no están. Creo que este pobre guardián es mi hombre clave; aunque los residentes que me trajeron querían jugar al detective, nadie sabe más que aquel que pretende no saber. Me pregunto si habrán estropeado la escena del crimen. Buenas noches, señores. El guachi está calmado, también los dos señores que visten como si vinieran de una tarde de golf. ¿Quién encontró el cuerpo? Yo, detective. Vivo en el penthouse de la izquierda, por tanto, tenemos acceso a una parte de la azotea. Allí tengo un pequeño bar y desde allí se ve el del vecino. Creo que nadie ha penetrado porque su señora y sus hijos tienen varios días fuera del país. Este señor habla con cierto aire de opulencia; así son todos. Siempre alardeando de lo que tienen, de cuando viajan, del dinerito en el banco, de la jeepeta, de la querida, de los cuernos...en fin, es otro mundo distinto al mío. Creo que no lo envidio; cada lado tiene sus penas y sus glorias. El finado, que aún no tengo el placer de conocer, encontró su día a treinta pisos de altura, en la opulencia más triste. Este caso no será difícil dadas las condiciones preliminares; también el Santos puede desempeñar un buen papel, así que subirá él hasta el penthouse, como dicen estos señores, mientras yo hago las entrevistas y voy escribiendo el informe para el General. ¿Quién habrá llamado al General personalmente? Hay que tenerse su cuidado con estos

tipos: todos se conocen y no quiero tronchar mi ascenso y mi retiro; mejor, vamos a aprovechar las circunstancias y sacarle un poco de jugo al gordote; así me lo imagino, que está semidesnudo tragando moscas a más de cincuenta metros de altura. Maldita... sabes que no te soporto.

Ordeno llamar a la gente de Security Force para que desactiven la alarma desde la central y me den el reporte de las activaciones de los últimos tres días en el edificio. Santos toma nota y toma la flota. Es efectivo el muchacho; se puede confiar en él para que resuelva lo de allá arriba por su cuenta. Los altos señores se alejan. Hablan por teléfono. Preparo los instrumentos; esta gente debe observar profesionalidad en el ejercicio. Hay que ponerse los guantes, usar el maletín dorado, sacar huellas, extraer muestras para el laboratorio. Los chicos observan; a simple vista no veo señales de nerviosismo por ningún lado. No hay sospechosos. Puede que haya sido un simple infarto después de un día agotador. Esta gente se maneja en situaciones de estrés. Llamo al guachi; ese es mi hombre en este lugar. ¿El ascensor funciona en el edificio? Me mira como si la pregunta fuera necia. Yo sé por qué lo pregunto. No me agradaría subir por las escaleras. Estos edificios modernos son transparentes, se ve todo hacia abajo mientras subes. La buena noticia es que el ascensor es sellado y con certeza no tiene cristales. Así no podré mirar lo que subo. Si es que tengo que subir hasta la azotea. Pero es bueno que suba hasta el apartamento, perdón, al penthouse. Si el Gutiérrez no estuviera de licencia..., él es que tiene experiencias con esta gente.

Un señor con bigote estropeado se acerca. La puerta es electrónica, acaba de llamar a la señora del finado para comunicarle la desagradable noticia. Está camino al aeropuerto; regresa hoy en la noche de Miami, en el último vuelo. Un tarjetazo y ya están montados en un avión. ¡Eso sí es vida! Le agradezco... hay que ser gentil. ¿Le ha dado la clave de entrada? Sí, detective. Me responde. Entonces, subamos.

A medida que subimos, las manos me pesan. Soy altamente sensible para las alturas. La brisa fresca de la noche me habría calmado los nervios. Aquí dentro, en este cajón movedizo no hay aire, nunca hay aire; un abanico en el techo hace su ruido distintivo. En cinco segundos ya me siento sudado. Capacidad máxima tres mil kilos. Santos no ha dicho una palabra. Quiere aparentar más profesional que nunca; es buena intuición: sabe que estamos junto a gente poderosa. Cualquier error nos cuesta caro. Tres mil kilos. Algunos convierten este dato en número de personas, es más práctico y menos indecoroso. Nadie está preguntando cuánto pesa usted para subir a un ascensor. A simple vista, podemos ver cuántos hay, si quepo o no. Por ejemplo, aquí vamos cuatro, tal vez no lleguemos a los mil kilos porque somos atléticos, fornidos; no hay obesos entre nosotros, a pesar de mi pancita cervecera. Pero si estuvieran cuatro obesos de doscientos cincuenta kilos cada uno, a simple vista...; bueno, mejor me callo; los nervios me dan por decir tonterías.

Hay un olor agradable en el pasillo. La alfombra color vino y las maderas incrustadas en los marcos dan una sensación de lujo y confort, digno de lo que se paga aquí por un apartamento de estos... digo: un penthouse. Yo no entiendo mucho de estas cosas inmobiliarias. Santos y yo esperamos a que los señores abran la puerta. El ascensor no tiene salida a la azotea, me explica el del bigote, así que hay que subir por la cocina. Allí hay una pequeña escalera con forma de caracol. No sé por qué es tan preciso. Le miro con discreción y un tanto sorprendido del dato. Me acuerdo que este señor es el vecino; por tanto, su apartamento o su penthouse, como diablos se diga, ha de tener la misma estructura que este. Me siento más tranquilo; el aire acondicionado me favorece. No hay señal de violencia en todo el apartamento. ¿El señor tiene sirvientas? Sí, pero el servicio está libre esta semana, como la señora y los niños están de viaje. Me respondió el sin bigote. Entonces, las cosas están claras. El celular de Santos suena nueva vez. Responde discretamente; con certeza teme cometer algún error delante de estos señores.

Security Force dice que las alarmas han estado tranquilas, señor, me dice Santos. En la sala, desde el cristal que da al balcón, puedo ver parte de la ciudad y de la avenida 30 de mayo. El mar es inmenso desde aquí. Es un miedo controlado el que siento. Entonces no hay problema, Santos. Digo para dar la impresión de que estoy siguiendo el hilo de la conversación que ya solté porque me estoy dando la bendita oportunidad de aniquilar esta ansiedad una vez

más. Me acerco más al balcón. Los dos señores, que se dirigían a la cocina, se han detenido; esperando por mí. Me doy vuelta, los miro. Santos, vaya con los señores e investigue la escena; permítame hacer un escrutinio rápido por la sala y el balcón. Parece que no me han escuchado o por lo menos aquellos señores no tienen la intención de perderlos de vista en aquel lugar. Quizás piensan que nos robaremos algo, como si todos fuéramos iguales. La mayoría de las veces hay demasiados objetos de lujo en lugares como este; lo mejor es vigilarnos mutuamente y no perdernos de vista.

No consigo aclimatarme. Tendré que subir. Le hago señas a Santos para que tome los instrumentos y los suba. Prefiero tener las manos libres mientras subo por aquella escalera de caracol. ¿A quién se le ocurriría? Menos mal que no puso la entrada por fuera, sino en un rincón entre la cocina y el pequeño comedor. Estos lugares son así, nunca se sabe dónde uno está. Lo importante es que me siento tenso y que me ahogo; las manos sudadas sujetan el metal rojizo. Soy el último cuando debería ser el primero. No toquen nada, por favor, les advierto con una voz débil y entrecortada. Me delata la maldita voz. Se escucha una leve brisa revolotear con las palmeras enanas. Tal vez me haga bien al respirar despacio y discretamente. Palmeras. Palmeras. Palmeras. Pienso en el campo de tiro, una silueta humana nos acostumbra a disparar a las personas. Después, en el ejercicio de nuestras funciones, se nos hace fácil el tiro de defensa que en todas circunstancias se convierte en el

tiro fatal para otra persona. Pero hemos sabido aniquilar la culpa con aquello de que el otro está fuera de la ley y yo soy la ley o quien la representa en ese justo momento. El problema es la culpa que te llega después y no te abandona en la primera vez. Eso es lo que le está pasando a Jiménez; las pesadillas son la peor parte en esta vida. Pasé por esa y le he pedido a los cielos me eviten otra situación similar, ya que no he podido controlar el pánico a las alturas.

Los edificios cercanos parecen achicarse delante de esta monstruosidad de metal y cristal. El bar es pequeño; a la señora le gusta demasiado el jardín en las alturas. Hay plantas ornamentales de todo tipo. Me agrada el bonsai sobre la mesa mayor. Las sillas están bien dispuestas. Tal vez el señor solo vino a pensar un poco y botar el estrés del trabajo. ¿Dónde trabajaba el banquero? No he querido preguntar su nombre por una razón estratégica y de superstición. Si digo el nombre de la víctima en el lugar del crimen jamás resuelvo el caso; de lo contrario el caso se soluciona solo. El bigotudo contesta: en el Banco Central, detective. Es un alto ejecutivo. Bastante, pienso. Tanto que mira dónde vive y cómo vive. El cadáver en el piso, contrario a lo que pensaba, está en bata. Efectivamente, si bien desde cualquier edificio cercano era imposible verlo, el bar de al lado permite observar cualquier movimiento aquí. Por eso lo encontró. ¿A qué hora usted se dio cuenta de que fue asesinado? Pregunto como haciéndome el tonto con lo de asesinado. Era evidente que no había allí ningún signo de violencia doméstica. Vi el cuerpo tirado hacia eso de las

ocho treinta; subí a mi bar a buscar una copa, me dijo el residente. Tengo las bebidas aquí arriba, usted sabe, por los niños. El bigotudo es muy cordial y seguro de sí al responder; me da la impresión de haber visto este rostro en algún titular de periódico...

Santos observa cuidadosamente el cadáver. El cuerpo está sobre el costado derecho; su mano izquierda debajo del abdomen. La bata de dormir aún húmeda. El hedor a whisky me reconforta y calma mis nervios. Olvidé por un instante que estamos a más de cincuenta metros sobre la azotea de un edificio de apartamentos de lujo con un bar en las alturas desde donde se ve diminuto cualquier lugar de la ciudad. A corta distancia, Santos encuentra el inalámbrico. Probablemente hablaba por teléfono al morir. Le pido que no lo mueva, debemos calcular la distancia y remarcar, a ver el agraciado de la última llamada. Santos abre el maletín de los instrumentos. Extrae una cinta métrica y se acerca al cadáver, justo donde posa su mano derecha.

Estúpido, digo en mis adentros. Me ha dado el inicio de la cinta. Yo debo acercarme al borde del edificio, atra-vesar las palmeras enanas hasta el borde de la edificación. Allí está el inalámbrico semidestruido. Único signo de violencia. Tomo la cinta en mis dedos. Me preocupa la mirada de soslayo hacia el abismo. Me preocupa mi reacción frente a estos señores tan importantes. Parecen estatuas en la entrada del bar custodiando para que los espíritus de la muerte no entren.

Me arriesgo. Camino de lado. Siempre dándole la espalda al bajo muro que separa el techo de la nada. Las luces de la ciudad están inmóviles, se multiplican; algunos barrios ya pueden disfrutar de la energía eléctrica. Zigzagueo a través de las plantas. Las palmeras enanas rozan mi cara con sus hojas puntiagudas. Santos me advierte tener cuidado con mis ojos. Le doy las gracias. Debo aparentar ser educado. Unos seis pies y medio. Fue lanzado por el finado. Aquí hubo ira. Santos llamó al médico legista. Confirmado. En unos minutos está aquí. El viento cambia bruscamente y aletea mi chaqueta. Me mantengo firme. Con miedo, pero firme.

Suena mi celular. Es el General que me llama. Está de camino para hablar con la prensa que ya estará en el edificio. No me he dado cuenta de lo que pueda ocurrir allá abajo. Me pide confirmación del dato. Angustia. Aprieto firmemente el celular sobre mi rostro, las manos me tiemblan. La brisa suave que me ayuda a respirar se ha ido; queda una ventisca traicionera que revolotea mi cabello y mi chaqueta. Santos examina las bebidas; parece que ha encontrado algo. El general no da tregua al teléfono, espera contestación. ¿Han llegado los periodistas, detective? ¿Sabe la causa real de la muerte? ¿Cuál es su apreciación del caso? ¡Déme el informe preliminar, detective! Santos parece que ha encontrado algo. Me hace una seña que sé leer muy bien: envenenamiento. Los celosos guardianes me observan desde la entrada al bar. El General me da lata. Debo acercarme al abismo y confirmar si ha llegado la prensa. No

quiero mirar hacia abajo. Santos encuentra el frasco..., confirma el veredicto. Señor, tenemos causa de muerte, digo con voz entrecortada. Siento temblar hasta las piernas. Confirme si hay periodistas, me pide el General. Me acerco a los bordes del edificio, miro hacia abajo y efectivamente, la prensa está allí, parecen diminutas hormigas alrededor del terrón de azúcar, con sus antenitas luminosas y a la espera. No me salen las palabras. Doy la clave para el suicidio. El General parece entenderme. Cierro los ojos. Aprieto el celular contra mi rostro. La voz del General me parece más cercana que nunca, retumba en mi tímpano cuando me dice: un paro cardíaco lo mató, detective. No me hable con los periodistas. Estoy de camino.

Las manos humedecidas. Los ojos cerrados. Mi cabeza repite, como un eco perenne, las palabras del General. Estoy de camino. Estoy de camino. Tiemblo. Estoy de camino. El vértigo me arropa como nunca lo había hecho. Camino... estoy de... camino. Consigo alejarme de allí. Tropiezo con el cadáver. Santos me sostiene en mi vértigo. Inmensas gotas caen por mi rostro. Le doy las gracias. Me mira con prudencia. Vuelvo mi vista hacia el mar a oscuras, imagino los trazos del horizonte y me digo a mí mismo que algún día estas alturas me matarán del miedo. El del bigote me mira de soslayo, preguntándose cosas que no logro descifrar; el guardián pretende reírse en silencio y vuelvo la vista hacia el cadáver. Saco el pañuelo y me digo a mí mismo, mientras me seco el sudor frío del rostro: reconozco que hay alturas que matan...



Segundo Premio

Dominicus sireinoform

Seudónimo: Clarice Lispector

Autor: Sherezada Vicioso

"Mis criaturas nacen de un largo rechazo"
Pablo Neruda

Estoy en el corazón del silencio, pero sin sus latidos.

No me siento, no peso, floto, me dejo llevar.

Estoy cansado, tengo sueño.

Nadie me dijo que el silencio es tan azul, en esta frontera final. Esta eterna melancolía de las profundidades.

Pero, ¡esa luz! ¡Esas luces!

¿Anémonas flotando en el fondo del mar?

¿Ostras? ¿Abriéndose y cerrándose, como si supieran que hay que protegerse?

.....

Debo haber regresado al útero de mi madre...

Recuerdo cuando me dijo:

Pero hijo, tú no tienes ni pinta ni carácter de soldado.

Me miraba entonces con ternura, y me vi a través de ella, mientras me alisaba, frente al otro espejo, el brillante pelo negro; me ordenaba las gruesas cejas sobre unos ojos, entre

amarillo y verde, que decía eran los de mi padre; y satisfecha celebraba mi absolutamente perfecta musculatura; mi reluciente dentadura y un aliento (que la mareaba) porque “propagaba el secreto aroma de las masculinas bestias en calor”. En ese tiempo yo la observaba sin ternura, tan nítida, tan correcta, tan maestra de escuela secundaria, tan escritora que nunca se atrevió a salir de las gavetas, tan incapaz de retener a un hombre, tan seca, tan nerviosa... y le dije: Para esa guerra sí, madre, para esa guerra sí...

Cuando era niño, le cogí temor a las profundidades porque buceando, en procura de esponjas, una vez casi me ahogo sin que nadie lo notara. Ya en el fondo me entretenía con las “Canastas de Venus” y los brillantes colores de las esponjas con sus transparentes esqueletos de sílica. Me encantaban las aguas vivas, aunque había que mantenerse lejos para que no te agredieran con su coletazo de arcoiris y te dejaran la piel en carne viva y llena de pequeñas burbujas. Algunas aguas vivas se asemejaban a “Hombres Portugueses”, por la forma de sombrero que tenían sus cabezas fuera del agua, mientras por debajo sus pequeños tentáculos parecían una cabellera cuyo veneno podía matarte. Las más comunes eran las aguas vivas moradas que brillaban de noche y, cuando buceábamos sin equipo, las anémonas, que relucían, una pradera de pequeñas arecas con tentáculos fosforescentes. Para mi madre recogía corales que se llamaban “Abanicos de Mar” y que eran, según ella, parecidos al cabello de las Gorgonas en los mitos de Grecia y las Plumas de Mar. Esas nos

enceguecían con sus brillantes detalles en la ondulante marea de luces que despedían sus pequeñas colonias, aunque cuando yo las sacaba a la superficie, dejaban de brillar y perdían todo su encanto. Esa vez estaba tan maravillado que perdí la noción del tiempo y casi me muero. Ahora siguen brillando, aún cuando las toco y se desplazan sin resistencia por mis manos.

Desde que se cayó por las escaleras, mamá hablaba como un loro. Tenía la obsesión de aconsejarme, y yo ya no hablaba dónde refugiarme en aquel apartamento con el que había sustituido la casona. Lo que más me molestaba era la “cocina eficiente”, en el sentido de que permitía que, de pie, se pudiera cocinar para dos personas; con aquella estufita que había reemplazado el viejo pantry con adoquines portugueses y una colección de vasijas de barro que llegaba hasta el techo. Ahora, apenas cabían algunos utensilios y todos bien ocultos dentro de brillantes gabinetes marrones que imitaban la caoba. Flaca hasta casi desaparecer, con las manos perfectamente cuidadas (obsesión de toda mujer de clase media), mamá se mostraba totalmente agitada, para colmar aún más mi paciencia. No podía creer lo que le decía. Esa vez apagó el televisor y eso era grave, sobre todo durante la telenovela de las dos que, según afirmaba, era “sagrada”. Todos sabían que nadie debía interrumpirla a esa hora, ni yo. Pálida, se irguió como un lirio blanco después del aguacero. Lentamente, medio salpicada de lodo, maltratada, lagrimeante, dijo:

Pero, ¿cómo es eso de que te enlistaste voluntariamente?

Me aburre permanecer aquí, mamá.

Pero, ¿por qué? Tienes un buen trabajo, las mujeres te sobran...

Ya sabes, mamá, lo que dicen por aquí. Conoces a una y ya las conoces a todas...

¡Más respeto, que estás hablando con una mujer!

¡Por Dios, mamá! Tú sabes a qué mujeres me refiero...

Lo que yo no entiendo es por qué tú siempre te relacionas con la misma clase de mujeres...

Por eso es que tengo que buscar otro ambiente mamá, un cambio... Nada como las caribeñas.

¿Las qué?

Esas mulatas gustosas del Caribe...

¡No me digas que a eso vas!

Técnicamente voy a combatir por la democracia...

¿La qué?

La democracia, mamá. ¿No sabes que los comunistas se quieren apoderar de la República Dominicana?

¿La qué?

La República Dominicana, mamá, una pequeña isla en el Caribe...

¡Por Dios! ¡No me hagas reir! ¿Qué sabes tú de política?

De política puedo no saber, mamá; lo que sí sé es que este lugar ya me aburre.

Este lugar te aburre, pero te me vas a una isla pequeñita, en un mar

que desconoces.

Yo sé nadar, mamá, yo sé nadar...

Y ese jodido coronel, alto, arrogante, bien planchado, bien puesto, todo un león enjaulado. Me había hecho llamar a su cubículo, un cuadrado verde seco como cuarto de hospital, con un escritorio y dos butacas y detrás la bandera del Brasil, y, por suerte, ninguna otra cosa.

¿Usted qué sabe de Santo Domingo?

Tienen buen ron, buena música, bellas mujeres, bellas playas, hermoso y misterioso mar...

Repito, ¿usted qué sabe de Santo Domingo?

¿Usted quiere decir que si sé por qué la estamos invadiendo?

Exactamente...

Porque nuestro país forma parte de la Organización de Estados Americanos...

¿Y?

Que hemos decidido apoyar las fuerzas de la OEA por la paz y su mediación entre fuerzas insurgentes...

¿Qué fuerzas?

Militares, creo, de izquierda y de derecha. Hay que evitar otra Cuba.

¿Otra Cuba?

Sí, ya se confirmó que hay un grupo de 53 comunistas que se ha hecho cargo. Los Estados Unidos tienen la lista y la han estado lanzando a la población desde los helicópteros...

Para ser un biólogo marino, usted parece bastante informado...

Siempre leo la prensa y veo los noticieros, coronel, le dije sonriendo, aunque no soy un idiota para no darme cuenta de lo que el coronel estaba pensando: “Soberbio, el muy hijo de puta. ¿Quién me iba a decir que en una fuerza de más de mil quinientos hombres me lo habría de reencontrar? Siempre merodeando alrededor del general Hugo Peñasco Alvin, como si en eso le fuera la vida. Por eso logró que lo pusieran en el segundo piso, cercano a la habitación del general, en aquella casa que nadie sabía que pertenecía a la Embajada de Israel. Una casa rectangular, blanca, llena de rejas, con un patio enorme, donde curiosamente el único adorno en el frente era una gran copa negra, hecha de diminutos mosaicos, como si la casa también tuviera resonancias bíblicas. La casa quedaba en la avenida Sarasota, con calle Recodo y a tres cuadras del Hotel Embajador, y allí nos obligaban a hospedarnos cuando lo mejor de la guerra sucedía en las barracas del patio, o en el campamento de “La Feria”. Y la radio del enemigo martillando:

“La Guerra de Abril es el hecho más importante de la República Dominicana. Este hecho potencia la conciencia nacional que se ha venido desarrollando en el país. La prueba más evidente de ello es la increíble unidad que

han alcanzado las fuerzas que luchan por el restablecimiento del orden constitucional de 1963 y el retorno del derrocado presidente Juan Bosch. La nación entera está con la Constitución del '63, excepto un pequeño grupo de militares y algunos civiles que la embajada norteamericana pudo unir de manera acelerada para tratar de justificar su intervención y la aplicación de su política. En la conducta descabellada de los Estados Unidos, juega un papel muy importante la histeria anticomunista que deriva del proceso de desarrollo de la Revolución Cubana, el proceso de liberación de los pueblos africanos y asiáticos, el establecimiento de múltiples regímenes democráticos y socialistas en esos continentes, pero, fundamentalmente, la existencia de una revolución socialista prácticamente en las narices de los Estados Unidos, a 90 millas de la costa de la Florida. Los Estados Unidos, con esa histeria, temen la repetición de una nueva Cuba, en un área tan cercana como la República Dominicana".

¡Es la claridad! Es la luz difusa y multiplicada que se expande desde la superficie y que desciende sin llegar hasta el fondo y se queda como una sábana, recordándonos que hay sol y pájaros allá fuera, brisa y viento, aire... ¡Ese rojo y ese blanco!, ese amarillo que se transforma en el verde del coral. ¡Un Cinturón de Venus! Nunca logré atrapar uno para mostrártelo y decirte: ¡ponte esa faja lila, esa cinta morada alrededor de la cintura! ¡Hazte un collar de abalone, aretes con el caracol violeta, con las conchas tan rosadas como tu pubis! Si Julio César le regaló a Cleopatra

caracoles que parecían los cascós de gladiadores romanos, yo puedo regalarte tritones, la Reina de las Ostras de donde surgió la Venus de Botticelli. Todo por ti, Marina, ¡reina de mis mares!

Marina...Venus...Otra Venus había en la grotesca fuente frente a la entrada del Hotel Embajador, una que nada tenía que ver, con su falsa blancura de yeso, con las mulatas dominicanas. Aún así, el hotel seducía, no porque estuviese ubicado en una parte de la ciudad desde la cual se podían ver el mar y el “malecón”, como le dicen los dominicanos a esa muralla de palmeras con que la ciudad se defiende del viento y del oleaje, sino por el patio. Verde boca que se abría de improviso, con tupidos árboles de uva de playa, arecas, palmeras enanas, helechos de todos los tamaños y una multitud de flores iguales a las nuestras, que no sé cómo se llaman. En la glorieta de ese patio desplegaban sus encantos las verdaderas flores del jardín dominicano, las mulatas que se llamaban a sí mismas “indias”, que para mí no eran más que negras mezcladas, como las nuestras. Un limpiabotas me dijo que aquí las llamaban “mujeres encopetadas” o “cueros de cortina”, porque iban a encontrarse con los oficiales norteamericanos que nos llevaban una gran ventaja, porque vivían en el hotel y no en la embajada como nosotros, y eran una clase aparte. Digan lo que digan, entre nosotros la democracia era un mito. Y eso que éramos del mismo bando. Fue en ese hotel que el sargento me la señaló:

La más difícil de enamorar es esa...

¿Cuál, sargento?

La mulata alta, esa con pelo largo, muy negro, que parece una sirena...

Hace rato que la observo, pero parece altanera, indiferente...

Se sabe bella. Todas las mujeres bellas son así...

¿Y qué te han dicho sobre ella?

Que no es una puta. Nadie se la ha podido conseguir...

¿Sabes cómo se llama?

Marina, creo.

¡Marina!

Estoy suspendido en el tiempo. Si me dejo llevar, puedo permanecer quieto, por horas. Así, mi cuerpo encorvado, de pie, sin cansarse, se transforma en una alga más, un caracol, un pez cualquiera. Algo me acuna, pero no hay oleaje. Todo es silencio, transparencia, tranquilidad. ¿Estaré muerto? ¿O estoy soñando? ¡Qué repugnantes ese Argonauta de Papel y ese Gusano de Fuego! ¿Langostas en estas latitudes? Esas lilas moradas son más bellas que las que flotan y esas estrellas de mar... ¡No sabía que las había azules y rojas con pintas blancas! Toda una galaxia en pleno fondo del océano, sobre las cordilleras de coral.

Pero, ¿qué es eso que se aproxima como un torpedo gris?

Si no me muevo, no me pasa nada.

Si no me muevo nada me pasa, si no me muevo...

Cuando le pregunté al coronel que por qué nos ponían aparte, me respondió con rabia que eso fue un acuerdo de las fuerzas de ocupación. Durante la guerra los brasileños teníamos dos campamentos. Uno, entre las avenidas Lincoln y Churchill, casi frente al Hotel Embajador, donde convivíamos los ocho que componíamos el alto mando y, en el patio, en unas carpas verde olivo, tensadas con soga y llenas de catres replegables, las barracas de unos sesenta alistados. La verja del patio era muy baja, lo cual nos permitía comprar cigarrillos Kent y Winston y whisky del bueno y ver los juegos de fútbol que improvisaba la soldadesca. Lo único en que no hubo acuerdo territorial fue en el bar. En ese bar del hotel, convenientemente ubicado fuera de la zona de conflicto, se juntaban las muchachas “bien” de la capital, Santo Domingo. Entre ellas, mi obsesión, que iba para “botar el golpe” y aplacar el aburrimiento, ya que no era dada a ese tipo de diversión. Además, nuestros oficiales nunca fueron una presa apetecible. Todas sabían que, generalmente, éramos casados, estábamos comprometidos, o solo buscábamos un “flirt” con que matar el tedio o entretener el tiempo libre. Las otras muchachas “bien” iban al bar por las mismas razones. Habían cerrado el cine, las discotecas, las tiendas y, por lo general, no había electricidad. ¿Para qué quedarse en la casa? Creyendo que me podía llevar el mundo por delante, planchado, alisándome el abundante pelo negro hacia atrás, sin una pizca de grasa, yo, Leopoldo Bandeiras, avancé hacia el jardín de muchachas dominicanas y directamente

hacia ella:

Disculpe señorita, ¿puedo importunarla?

Está bien.

¿La molesto?

No, ya le dije que está bien...

¿Qué puedo hacer para transformar sus días en una fiesta?

Ví que a Marina le hizo gracia el sutaque del acento, o el piropo. Se desperezó felina y seguramente se dijo ¡qué más da!, porque me preguntó a su vez:

¿*Le gusta nadar, la playa?*

Sí, también buceo...

¿*Ha oído hablar de Juan Dolio, Guayacanes?*

No...

Son dos de las playas más cercanas a la capital...

¡No me diga!...

¿*De qué parte del Brasil viene?*

De Salvador, Bahía...

¡*Ah!...*

Por eso amo las islas, el mar, la playa...

Ya veo...

Y, usted, ¿cómo se llama...?

Marina...

Si hubiera escuchado la radio, hubiera sido más cauteloso en mi trato con las dominicanas...

“Las mujeres provienen de todos los rincones del país. El grueso se entrena en la Academia Militar 24 de Abril, organizada por el Movimiento Político 14 de Junio, que se estableció en el Parque Eugenio María de Hostos para aprender tácticas de guerrilla urbana. Les dicen “las muchachas del 1J4”, porque sus dirigentes juegan un papel importante en la dirección de la Academia. Allí, las mujeres se entrenan militarmente y se ejercitan. También reciben orientación política. Para la formación política crearon una escuela en el Colegio Santa Clara; ahí participan unos 300 miembros, muchos duermen en el colegio, que era un internado y allí cocinan. No están segregados por sexo, pero los ejercicios físicos los hacen las mujeres solas”.

¡Marina! y ¿a qué te dedicas?

Soy profesora de Arqueología, pero todas las Universidades están cerradas por la guerra...

¡Ah!, arqueóloga, yo soy biólogo marino...

¿Y qué hace un biólogo marino con ese uniforme?

En mi país, el servicio militar es obligatorio...

Ya veo...

¿Y tu madre qué hace?

Nada.

¿Nada?

Bueno, es ama de casa; mi padre nunca permitió que trabajara...

¿Y por qué tú sí puedes trabajar?

Yo soy otra cosa; estudié, soy una profesional...

Igual que en Brasil...

¿Y tu madre?

Es una larga historia. Mi papá la abandonó cuando yo nací, por otra profesora y mamá nunca se atrevió a iniciar otra relación porque, como era maestra, temía perder el trabajo si le arruinaban la reputación. Cuando él la abandonó, regresamos a la casa de mi abuela, quien le hizo sentir que era su culpa que papá se hubiera ido y siempre le decía que ninguna mujer que se respeta permite que le roben el marido. Creo que se detestaban y yo, único hijo y único nieto, me encontraba justo atrapado en el medio. Las mujeres brasileñas son complicadas por demás...

Ni los tiburones de arena, ni los azules, ni el terror de los mares, el gran blanco, atacan al hombre, a menos que uno los provoque. Tampoco la manta raya gigante, esa nube negra que nos llena de terror a los buceadores... ¡Dios mío! Se me está acercando y no puedo enterrarme en la arena como esas anguilas o esconderme en esas cuevas de coral. ¡Cerraré los ojos! ¡No me moveré!,

Lo dejaré acercarse y confiaré en que no esté hambriento. ¿Quién me mandó a bucear en aguas desconocidas?

Y siempre la radio...

“Un grupo de sindicalistas, de bastante nivel político y

cierta tradición de lucha ya organizada en algunos partidos, fundó el Comando del Sindicato de Trabajadores Portuarios, POASI. En el Comando de POASI, uno de los locales y lugares es un prostíbulo, y los prostíbulos siguen ahí, altamente solidarios con el Comando, donde está la clientela. Los trabajadores siguen en sus puestos. Hay iniciaciones sexuales muy celebradas y se habla de la existencia de orgías, un aspecto –lo sexual- de la Revolución que no ha sido considerado con la gravedad que amerita...”.

Usted sabe, oficial, que no es apropiado involucrarse con las muchachas de buena familia de aquí. Una cosa son las putas y otra...

Ya lo sé coronel, pero no es lo que usted se imagina...

No me vaya a decir ahora que está enamorado...

Enamorado, lo que se dice enamorado no, pero ella me apasiona...

Usted es incorregible, Bandeiras...

Con todo mi respeto, coronel, con tantas bellas bahianas, ¿me voy a dejar atrapar por una mulata de esta isla?

¡No juegue con fuego, oficial!

No se preocupe coronel, que yo sé nadar, que yo sé nadar...

Y pensar que estos seres tan extraños son tan pacíficos; si no los agredes, no te atacan...

Necesito dejarme flotar por un rato, dejarme llevar.

Todo es tan sereno aquí, tan absolutamente calmo que podría flotar por un siglo, pero, como dice la canción, hasta

la belleza cansa...

¡Ahí viene el tiburón!...

¡Es bellísimo!

¡Ten cuidado Marina!, los hombres brasileños son famosos por seductores; recuerda que yo estudié en Sao Paulo...

¡Qué va a ser! Son hombres, como todos los hombres...

No, estos se saben irresistibles...

Aquí también hay hombres buenosmozos que se creen irresistibles...

Si, pero los dominicanos no tienen el acento ese, brasileño, el “sutaque” como le dicen, ese caminar de bailadores de samba, ni la gracia de la absoluta libertad del cuerpo...

Igual que aquí...

No, los de aquí son menos sutiles, menos creídos, más auténticos...

¡Patañes, querrás decir!...

No, aquí hay de todo...

Yo no los he encontrado...

Es que tú eres muy exigente...

No soy exigente nada, es que me tienen harta con eso de que estoy buena...

Pero lo estás...

No embromes, ¡¡¡ombe!!!

Por algo te dicen “La Sirena”...

Porque me gusta bucear, es cuanto...

Tú bien sabes que no es por eso, si no, pregúntale a Rosángela...

Ella siempre está con su santería...

Ahora me vas a decir que no eres hija de Yemayá...

¡Ay, por favor!, ¡déjate de historias!...

Y las mujeres dominicanas, disparando por la radio...

“Nosotras hemos ido definiendo nuestros roles, ligándolos a la guerra en curso. Hay una cosa clara: no queremos cocinar ni fregar. Una tarea muy frecuente que realizamos las mujeres es la de acompañar a los hombres en las misiones al interior del país. En algunos casos, nosotras somos las responsables de la misión, no el compañero que nos acompaña. No asumimos ninguna pretensión de liderazgo, pero se están definiendo esos liderazgos entre las mujeres. Se comprende que la guerra va a ser larga y que tenemos la necesidad de la formación militar y política. Hay que diferenciar el papel de los militantes del de las mujeres del pueblo. Las mujeres de los barrios populares, en algunas ocasiones, participan más activamente, más directamente, en los combates, en las guardias, que nosotras. Y son mujeres excepcionales. Las mujeres sufrimos un cambio brusco. Estamos asumiendo estos meses de guerra con una intensidad, con una pasión, con una gran entrega. Nosotras vemos, en esa práctica, el estilo de vida a que siempre aspirábamos; lo que no habíamos logrado, lo estamos realizando ahora y pensamos que así deberá seguir siendo”.

Es un hijo de puta...

Ve a ver a Rosángela...

Siempre me resultó curioso que una mujer blanca y culta se hubiera convertido en la santera mayor de San Pedro de

Macorís y que, además, fuera chilena... Nunca se lo había preguntado, por respeto a su privacidad y porque algo me habían dicho sobre un supuesto viaje a Haití para amarrar a un saltimbanqui dominicano y lo que le provocó su evidente menosprecio del *houngan* que la estaba tratando de ayudar, quien la condenó a este país, a un batey y a lo negro. He querido preguntárselo, pero nunca hay tiempo. Cada vez que vengo, hay que hacerse un despojo porque a alguna se le ha ocurrido hacerme un “contrato”. Rosángela repite que las mujeres como yo provocamos esas envidias sin proponérnoslo, por el simple hecho de ser bonitas o inteligentes y que no hay nada peor que el mal de ojo y el vudú de los haitianos que siempre trabajan con espíritus de tierra o “elementales”, como dice ella, mientras machaca sus yerbas, las pone en un pañuelo blanco que me amarra en la cabeza, para “limpiarme el Orí”, y me acuesta en una estera, rodeada de velas blancas hasta que se consuman. La segunda limpieza, que a mi me repugna, pero que hay que hacer, es la que realmente le devuelve el contrato a quien lo hizo. Así es que me entero sobre quién o quiénes son mis enemigos ocultos, porque quien lo encarga, o se mata o alguien muy querido se les muere. A veces le pregunto a Rosángela si no quiere regresar a su país, pero me dice que, sencillamente, no puede, que los seres aún no se lo permiten...

Ven, pasa, Marina, que este trabajo se hace atrás.

Esto es lo más parecido a una gallera que he visto...

Todos los altares nuestros son redondos... Y todas las ceremonias se

realizan alrededor del Palo Mayor... ¡Cuidado con pisar esos signos!

¿Por qué?

Son de otros ceremoniantes; puedes cargar con cosas que no son tuyas...

Si lo hubiera sabido, vengo de pantalón...

Las faldas siempre recogen, pero la sal no está en el cuero del chivo...

Hablando de chivos, ¿para qué quieres este?

Es parte obligada del ritual. ¿Trajiste su ropa interior?

Sí.

¡Qué bien! ¿Qué quieres que haga con Bandeiras? ¿Lo mato?

¿Qué?

Que si quieres que lo mate...

¡No!, eso jamás, yo creo en Dios...

¿Y qué carajo haces aquí?

Quiero vengarme, sencillamente, que nunca más pueda estar con otra mujer, con otras mujeres... Que no se pueda ir. ¡No te imaginas cómo se empeñó en pintarme pajaritos en el aire con Machu Picchu, las Ruinas de Tiahuanaco o las de Tikal, las rutas secretas de la Amazonía, que supuestamente íbamos a visitar juntos! Y todo lo que quería era... ¡tú sabes! Ahora ya me dijo que se va. Así, tan campante, como si se estuviera tomando un refresco de avena.

Pero a tí se te advirtió que era mujeriego...

Si, pero creí que yo podía transformarlo...

¡Oh, vanidad de vanidades!

No es vanidad. Tú siempre dijiste que nadie podía con una hija de Yemayá...

Y nadie puede, hija... ¿Qué es lo que a Bandeiras le gusta más hacer?

Bucear...

¿Bucear? ¡Eso ya es un comienzo! Llévalo a Guayacanes.. No es Embassy Beach, que tiene un oleaje tan violento que hay que sumergirse enseguida o nadar mar adentro y aún así, no es playa segura por las corrientes submarinas que te arrastran hasta agotarte.

No te entiendo...

Si no eres buen nadador o no tienes experiencia y te pones a forcejear con el mar y no dejas que el mar te saque, eres hombre muerto....

Pero Guayacanes es otra cosa y Bandeiras sabe nadar...

Confía en mí, muchacha, confía en mí...

Yo sé que ella era yo y que estaba particularmente bella esa tarde. Se había puesto su bañador azul marino, parcialmente cubierto por un pareo azul claro con caracoles y estrellas de mar. Usaba un collar y aretes de madreperla. Tenía, además, un brillo enceguecedor en los ojos. Pena que el equipo de bucear le fuera a arruinar la maravillosa apariencia de sirena de los mares del Caribe .

Hoy quiero bucear sin equipo (dijo ella, dije). El mar está tan

sereno...

Si tú buceas sin equipo yo también lo haré...

Y nos tiramos al agua y ya, mar adentro, me encorvé, impulsé la cabeza hacia abajo, saqué los pies, que él encontraba tan maravillosos, y me sumergí hasta el fondo....

Solo el corte espumoso de las aguas, que se iba luego disolviendo en el azul, permitía vislumbrar, a fin de tarde, la presencia de las lanchas rápidas norteamericanas. Eran las unidades de vigilancia marítima, que se desplazaban mar abajo hacia las contaminadas aguas de “La Bolita”, como le decían a la franja de arrecifes, cubiertas de lémamo o musgo verde, donde terminaba la Churchill, justo colindando con el campamento más grande de nuestras fuerzas. Allí había unos mil cuatrocientos hombres y, a su alrededor, un mercado de vendedores de honras, relojes, cadenas, papitas, rones, ropa y servicios sexuales. Mis compatriotas brasileros eran particularmente débiles frente a la tentación de las putas que llegaron de todo el país. Algunos literalmente lo arriesgaban todo, arrastrándose por las alambradas para ir a acostarse con ellas, justo en el “Monumento a la Paz y el Mundo Libre” donde, en la parte trasera, había una especie de arco con dos pasillos laterales. En esos pasillos guardaban las putas sus cartones, donde también hacían sus necesidades y en ellos se acostaban con nuestros soldados, previo el pago de cinco dólares. Unos lo hacían tan rápido que comenzaban a bajarse los pantalones antes de entrar al pasillo y se les podía ver el culo. Otros se llevaban los panties y los colgaban como trofeos en las ventanas. Los que estaban más apasionados se los

ponían en la cabeza, los olían y hasta los masticaban. Me he quedado con la curiosidad de saber cómo son las dominicanas, pero yo tenía que dar y mantener el ejemplo y era mi carrera militar lo que estaba en juego.

La amenaza mayor a la seguridad de nuestro campamento y a la de los norteamericanos más arriba eran las putas que se acostaban justo en las canaletas secas por donde antes desaguaban las aguas negras de la ciudad. Ahí cubrían la parte superior con ramas de palma y se acostaban abajo y adentro, sin que uno pudiera imaginarse cómo podían respirar. Por ahí podía colarse fácilmente cualquier enemigo y, por eso, había que vigilar permanentemente la zona, lo que era responsabilidad de Bandeiras, quien anda desaparecido y dicen que con la dominicana esa, que le prohibí que viera...

Y aquellos yankis, ¿qué estarán mirando con tanta insistencia?

¿Notas algo? Ahí hay un bulto. Parece que se ahogó alguien...

No, no es una persona, creo que es un pez enorme...

Ningún pez tan grande se acerca tanto a la playa...

A veces los hieren en alta mar, se debilitan y el mar los arrastra... ¡Vamos a inspeccionar! ¡Dios mío, parece un hombre!

¿Un hombre? ¿Te estás poniendo loco? ¡Víralo!

Mira, tiene cara de pez, cola de pez, pero tiene torso y brazos y no está herido por ninguna parte. Eso llegó aquí

nadando... Y tiene los ojos brotados, como si le hubiera faltado oxígeno...

¿Qué? ¡Imposible!

Debe ser un “Atlantic Mudskipper”...

¿Qué es eso?

Son los peces más raros que hay. Viven en los mangles o en los pantanos salinos y pueden pasar tanto tiempo dentro como fuera del agua...

¿Y?

Que pueden literalmente caminar en el lodo, apoyándose en las aletas pectorales. Son los únicos peces realmente anfibios que existen.

Si, pero aquí no hay lodo, ni mangles, ni este hombre, o pez, tiene aletas pectorales. Tiene torso y brazos. ¡Eso no puede ser!

Pero lo tienes frente a tus propios ojos. ¿No lo estás viendo?

¡Eso es lo que no me gusta de estas islas!

Nota: 28 de noviembre, 1965. En estas islas suele ocurrir la aparición de extrañísimas criaturas. De todas, los pescadores se refieren a una especie de pez-hombre u hombre-pez al que han denominado “sirena masculina” y de la cual parece que han encontrado vestigios, bastante intactos, en las playas del litoral este. El término correcto debería ser “sirenoform”, es decir, perteneciente al orden de familias

de las sirenas, ya que en el mundo científico todo lo que pertenece a un orden termina con la coletilla “iformes”. Y como estos especímenes supuestamente han sido encontrados en aguas dominicanas habría que llamarlos *Dominicus Sirenoiform*, porque en la ciencia el genérico siempre se escribe en latín. Bandeiras, Leopoldo. **“Los encantos marinos de las aguas dominicanas”**, Pág. 137.



Tercer premio

Gonsalves o el tiempo y sus tinieblas

Seudónimo: Lievin Oblonsky

Autor: Olivier Batista Lemaire

Desde hace ya años, sin renunciar a la lucidez de encontrarte, sigo tus pasos sigilosamente; deambulo tras de tu diseminada sombra, que se halla hundida, tal vez hasta siempre, en las aguas del Caribe. Eras de seguro uno de esos hombres que zarpó con el ceño fruncido y a regañadientes, incrédulo, con aquel altanero y esquinado almirante. Que zarpó, sí, o que prefirió zarpar hacia la incertidumbre, a fin de huir de la sospechosa, delirante algazara mística que acompañó la definitiva toma de Granada por el reino de Castilla, y la atmósfera delicuescente, mortuoria, que oidores e inquisidores de toda laya imponían en el más mínimo poblado del reino. Huiste de aquello, nerviosamente, sin un ápice de paz en tu corazón, abandonaste quizás a familiares y allegados; te despediste de tu entorno de olores abigarrados, de visiones de olivares recortados y alineados hasta las lejanas faldas de una agreste meseta, de aquel tu jardín entrañable, donde a veces disfrutabas con los tuyos de una colación de leche de cabra caliente y tur-

rón casero, a pesar del caótico vaivén militar. Abandonaste tu comarca donde cundía la delicada fragancia de los azahares y los almendros, que para ti era simple, pero entrañable placer, que disfrutabas con la mejilla enarcada por una sonrisa, pese a la zozobra que te encubría.

Lloraste tal vez al despedirte de tu madre y tus hermanas (¿o hermanos?); te arrodillaste, tembloroso y en lágrimas, a besar las lozas recién lavadas del traspatio de tu casa, sabiendo que aquel gesto pueril no desdibujaría la desconcertante pesadumbre que comenzaba a invadirte. Pero la decisión de formar parte del segundo viaje del almirante, a raíz de algunas componendas pueblerinas, y la gran incógnita que se abría en tu vida, tenía, en su apariencia de huída temerosa, visos de dignidad que nadie ni nada podía garantizarte en tu poblado. Sobre todo, luego de que los hombres de la orden de Alcántara (me imagino, pues no tengo otra alternativa), no sin saña y provocación, fueron en varias oportunidades a incriminarte tu renuencia a participar en la retaguardia de voluntarios que debía combatir a los moros.

Después vinieron las recriminaciones de algún cura dominico por tu ausencia en los cultos dominicales y, tal vez (por qué no imaginarlo), a ello se añadió el alejamiento insidioso de tus clientes (¿eras sastre o vendedor de bodega de lo que llamamos hoy tapas y horchatas?). Pensaste que la vida, en esa sombría atmósfera de inquina y mezquindades, te acercaba a algún enjuiciamiento con

olor a intriga, que te aproximaba a una muerte insidiosa, lenta, después de una condena que estaría asentada en exageraciones. El almirante y sus hombres formaban parte de una hueste desaforada y arrogante, con la codicia como sola fe. Pero, con ellos, embarcándote al albur de una decisión desesperada, podías escapar del cerco que sentías cerrarse en torno tuyo, de aquel hostigamiento solapado, labrado en rumores y chismes, que se transfiguraban insidiosamente, con la rapidez de un relámpago, en mezquindad vecinal o en presencias de rondas inoportunas en torno a tu morada. Diste el paso; pudiste aprovechar el confuso trasiego que precedió al viaje e impresionar a los hombres del almirante, que te interrogaron con enfermiza minucia y que, luego de ponerte a prueba, te hicieron arcabucero en la expedición, con drásticas órdenes de servir a Dios y al rey en territorios de infieles, sin parlamentar, ni opinar nada sobre nada ni nadie. Así veo yo tus desventuras o tus buenaventuras efímeras; sí, así las veo desde este caliente cielo sevillano por el cual pasaste un tanto inquieto y agobiado hará de ello cinco siglos. No puedo imaginarte de otra manera.

Luego, con el paso de los años grisáceos durante los cuales se fraguó aquella pesadilla inspirada por una codicia que ni el mismísimo diablo sería capaz de urdir en su cráneo, te ingurgitó el olvido. En las confusas tribulaciones, reyertas y aventuras al interior del imperio, quedaste sepultado, tal vez en la monótona y enrevesada dispersión de islas, islotes, bordes de tierra firmes, cuyas formas son tan sinuosas

como la sarta de afirmaciones, omisiones y centenas de miles de páginas escritas sobre esa turbia asonada que fue el descubrimiento de América.

No figuras en ningún texto de historia, en ningún artículo de estas ya mil veces raídas revistas del archivo, que tan sólo son leídas por noctámbulos estudiantes de tesis u obsesivos historiadores. Nadie (estoy seguro), nadie podrá sonsacar tu nombre de un añojo legajo arracimado detrás de mí, en los custodiados anaqueles donde reposa una gran parte de la historia de América, pero donde no reposas tú abiertamente.

En esos legajos se hace alusiones a hombres que sobresalieron por su saña, por su apetito descomedido de lucro o, claro, por sus hazañas militares, asentadas en tropelías que acabaron, con el tiempo, por mancillar hasta la náusea a España. En esos legajos se alude también a huestes anónimas no menos inescrupulosas, a sectas militares o religiosas cuyas confabulaciones, ideas y acciones se hermanan misteriosamente en torno a la inquina, el ardid oprobioso y el estupro. Raras veces se refieren a personas anónimas individuales. Nadie podrá ni siquiera asociarte ostensiblemente y a título póstumo con la sospechosa dignidad de víctima de alguna zancadilla fatal. No podrás ni siquiera subirte al desvencijado solio de cautivos, tributarios y esclavos, que, con el tiempo y en el flujo de querellas y discordancias de historiadores y escribanos, acabaron por adquirir feraces rostros, voces heroicas, apacibles maneras,

en murales, películas, libros de historia con estampillas e historietas para niños, poemas épicos o elegíacos.

Cinco siglos después, eres tan sólo un número del segundo viaje, una pálida sombra entre millones de otras. Tu cuerpo, tu sudor, tus júbilos y pavores se han esparcido como la arena de una playa batida por un viento furibundo. Sí, se han esparcido en gélidas estadísticas sobre la composición demográfica de los aventureros y de aquellos hombres sin escrúpulos que, vuelvo y repito (estoy consciente que suscribo a una póstuma y trasnochada indignación), no escatimaron esfuerzos en mancillar la grandeza humana, en un país que luego albergaría a Velázquez, Carlos III, Ortega y Gasset, Manuel Azaña, pero que sobre todo está envuelto en la sucia aureola de la leyenda negra que se forjó bajo la sombra de hombres más bien vergonzosos: Colón, Carlos V, y compañía. Ellos travistieron cínicamente los derroteros del imperio. ¡Coño, así fue!

El Hombre barbudo y de piel curtida por la viruela y las picaduras de alimañas, aprovechó, para fugarse, el estallido súbito de una gresca, protagonizada, de una parte, por una mesnada de conquistadores henchidos por la codicia y, de otra, por nativos insumisos, que protestaban en una monserga ininteligible pero musical y firme. Huyó temeroso, desafiando el miedo a que le asesten tiros de arcabuces en las espaldas o que le suelten los canes. ¿De qué huía? Había cavilado sobre la necesidad imperativa de huir, pero no le dio forma argumental a sus ideas. El no sabía con claridad

por qué se ahogaba en jadeos y frases maldicentes, que brotaban como eructos de su estómago mientras corría, sin ningún control del raciocinio, pero sí albergaba la certidumbre de que era imperativo huir de todos y tal vez de sí, del que había sido durante algunas semanas en la isla, huir lejos, hacia lo remoto, sin preguntarse adónde iría a desembocar.

Correr sin rumbo, con un sentimiento de vaga premeditación, le inoculaba una energía inusitada, mas también, mientras corría, le subían retazos de pensamientos inciertos, brumosas intuiciones, pues huía hacia ninguna parte, tal vez hacia una nada remozada por árboles frutales desconocidos, enramadas semejantes a dragones desmayados, a telarañas crecidas. Corría afanoso hacia la mar infinita, deslindada por un horizonte que no podría desafiar con las simples canoas que hurtaría a los taínos en un arrebato de desesperación.

Huía despavorido, con su arcabuz bien cargado, que se transformó de repente en su acerado doble protector, en aquella isla donde hasta las sombras y el eco vegetal del chirrido de las cotorras podían tornarse hostiles. Huía de manera sinuosa, evitando peñascos y baches, vuelto un manojo de nervios, revestido de su solo, indiscernible anhelo de estar lejos.

El sol había abierto su bocaza de fuego y, él corría superando no solamente los obstáculos de raíces, arbustos y peligrosos roquedales, sino también las profusas reverbera-

ciones que despedía ese sol en sus choques con la naturaleza, y que asumían, espejantes, el talante de muros pétreos de luz. Eran las diez y tanto de la mañana y, corriendo sofocado, se sentía casi alegre de haber dejado atrás la inquina, el empecinamiento demente en hacer el mal por el mal, el falaz sentimiento de fraternidad que propalaban los conquistadores, basado en su reverso, el odio. Corría como un orate, pero, más por sed de libertad, que por temor a las represalias.

Luego de la desaparición del fuerte de la Navidad en la pira fatal, violácea como los cielos crepusculares de Quisqueya, encendida por los hombres del cacique Caonabo, cundió en los conquistadores la idea de que los taínos practicaban el arte de la simulación: eran de suave tratamiento al inicio de las relaciones y, en particular, cuando se intercambiaban enseres y chucherías, y ferores cuando advertían que los conquistadores estaban en situación de vulnerabilidad o querían poseer a sus mujeres por la fuerza. Les atribuían prácticas rituales antropófagas, crueidades desconocidas y los culpaban de ser adictos al fuego, no solamente para iluminar su embriaguez danzante durante los areítos, sino para incinerar navegantes, como se llamaban los conquistadores. De ahí que se desatase durante el segundo viaje una aborrecible cacería de taínos, que indispusiera a una minoría silenciosa de soldados. ¿Acaso todo hombre debía permanecer inmutable ante la fría残酷 que practicaba impunemente la soldadesca española? Gonsalves creyó que no. La autodefensa y, por qué no, la ocupación por la fuerza

de territorios poblados por habitantes sin fe cristiana, se podían discutir. En fin de cuentas, habían atravesado los turbulentos oleajes del Atlántico para extender los territorios de España y someter a sus pobladores.

Pero, ¿por qué tanta sevicia, por qué recurrir al estupro, empecinarse en la humillación del otro, empujar grupos enteros, incluyendo niños, hasta precipicios y hogueras? Fueron preguntas que Gonsalves se hizo de manera obsesiva antes de partir hacia lo ignoto.

Fugarse sin un horizonte definido, fue una osada alternativa. Esa fuga y la travesía que acarreaba por la isla se irían a convertir en un fardo, tal vez en una desventura. Pero, pensar, en esos momentos, sobre las consecuencias de su fuga, implicaba ir despertando al peor enemigo interior que el hombre había inventado desde Adán, el temor; sí el temor, que se acrecienta, frena el más mínimo ímpetu de acción, lleva a la apatía, para luego trocarse en desesperación. Al hombre barbudo, en principio, no le importaron las malezas, ni la pesadumbre que le impondrían la soledad y el acoso, ni dónde iría a dar corriendo sin cesar. Ni pernollar entre acometedores animales desconocidos y alimañas y culebras. Su compañía sería siempre los animales salvajes, con los cuales ya había trabado un lazo utilitario y aterrador, que consistía en comérselos, o huir o ser comido. No olvidaba que los indios eran numerosos y que, más de una vez, se había dado de narices con ellos, evitando todo encontronazo dramático. Mas, sobre todo, el temor, la angustia,

una insopportable incertidumbre crecerían como fruto invisible, pero agobiante del frente a frente consigo mismo. Sabía que corría hacia el norte, hacia una geografía que más o menos había mesurado mentalmente y que iría a recorrer, yendo hacia aquel velado punto cardinal. Allí los indios eran menos numerosos y por consiguiente la posibilidad de encontrarse en una cruenta reyerta entre conquistadores y huestes de indios iracundos se disipaba. ¿Qué hacer?

Desde la penumbra de esta mesa, entre legajos descoyuntados por el paso cansino e implacable del tiempo, hurgo los rastros de tu presencia; los sigo por las laberínticas trillas de Quisqueya, donde pareció ser que te encaminaste y donde te disolviste en el tiempo. Allá cundía la foresta virgen e ilimitada, correteabas a diestra y siniestra, zigzagueabas entre una furibunda y hambrienta pléyade de bestias desconocidas, de peligrosa ascendencia, doblabas el cuerpo a fin de soslayar ramajes, telarañas colosales y espinas. Cuando estallaba el cielo y se desataba una vaguada de aguas inquietas, te guarecías de la irrupción de truenos fugaces pero, que, como cuchillos, hienden implacablemente la carne de los cielos, para asestarle una punzante descarga eléctrica a las arboledas que perecen bajo su influjo devastador. Veías alucinado todas esas aguas que, en su discurrir metálico, parecían hablar del infinito y que, de toda evidencia, provocaron en ti el pavor de encontrarte frente a un mar desbordado, celestial, venido de todas partes. En Castilla las lluvias eran más bien una bendición

de aguas salpicadas, bien avenidas en un espacio que tenía, letalmente, a agrietarse en una dañina y larga sequía. En Quisqueya descubriste que las lluvias eran una forma local del diluvio bíblico. Cuando te encontrabas atrapado y solo, en medio de aquella interminable orgía de aguas, te sentías empequeñecido, al mismo nivel de una hormiga o un roedor.

Entre la retahíla de legajos grises y a veces translúcidos que poseo, dispersos en la mesa, creo haber encontrado huellas de tu periplo indiano en aquella isla perdida. En uno de ellos se relata o se da parte, en una prosodia fragmentada y sin donosura, garabateadas con letras filiformes como las figuras del Greco, algo así como la perdida de un hombre, no en combate contra aquellos indios adánicos, que sin empacho nuestros antepasados acusaron de sodomitas y pecadores, sino por haber ejercido el arte de la fuga. Así lo entiendo yo, pues el legajo está impregnado de recriminaciones, infundios, es decir, constituye una burda denuncia, una protesta contra la indisciplina de uno de los mil doscientos hombres que zarparon con el llamado vicealmirante Cristóbal Colón a Quisqueya, en el segundo viaje y que se lanzaron en cruentas embestidas contra los llamados indios, después de haber descubierto el fuerte de la Navidad (erigido durante el primer viaje) vuelto cenizas. En las márgenes del legajo, las alimañas lograron hincar sus invisibles dentaduras, pues hay unos veinte hoyuelos repartidos a la derecha; son microscópicos y colindan los unos con los otros, como trazos poco legibles de un diseño

arquitectural. A pesar de los estragos que hubieron de oca-
sionar en aquella escritura irritada, puedo, agregando tres
letras, reconstituir el apellido Gonsalves, el cual, después de
una pesquisa sobre los linajes ibéricos, se revela ser un ape-
llido portugués. Dudo; ¿un portugués en aquella empresa
de castellanos recelosos? Tengo en la cabeza el Tratado de
Tordesillas, las bulas alejandrinas, documentos estos
fraguados para evitar reyertas diplomáticas entre portugue-
ses y españoles en el Atlántico. Y, ¿qué haría un portugués
allí, en plenas intrigas diplomáticas? Si sigo esa lógica de
reconstituciones tengo que postergar la sospecha de que te
hayan acosado durante el trayecto marino y durante las
primeras semanas de tu estadía en las islas adyacentes y,
sobre todo, en Quisqueya por el mero hecho de ser por-
tugués. Antes de zarpar, te aceptaron como tal, es seguro,
pues poseías el talante de un aventurero soberbio e in-
escrupuloso y no había miramientos en torno a la naciona-
lidad de los escogidos.

No sé, dudo aún; logro saber al menos en el transcurso del
escueto rompecabezas que me imponen los legajos y del
apellido Gonsalves que emana de ellos, que algo aconteció
y que ese hecho le ocurrió a alguien, que eras tú. Hay ba-
ches esenciales, manchas de esa agua invisible que expide el
tiempo en los papeles y las cosas y que, claro está, impiden
dibujar el origen preciso de tu fuga. Sí, hay tachaduras,
expresiones ininteligibles o frases simplemente yertas, de
entonación burocrática, que sucumbieron al tedio de quien
las escribió. Algunas palabras, entrecortadas, plasman en
filigrana tu fisonomía y dejan entrever, por ejemplo, que tu
rostro estaba imberbe en la barbilla y tupido debajo de la

nariz y que, además, estabas dotado de un cuerpo de mediana estatura y de recia corpulencia. El adjetivo verde hace entrever que se trata de tus ojos. La acumulación de detalles fisionómicos en tan breve espacio, confirma mis presentimientos: tu fuga no fue sentida como el mero accidente de un hombre de armas extraviado, ni tampoco como un arrebato de locura o miedo de algún soldado, sin más. Tu fuga fue notada, reportada, comentada y resentida como una grosera deserción en un momento en que cundía una sorda inquina entre los hombres de Colón, que parecían extasiados por el oro y embarcados en las más abrumadoras tropelías contra aquellas personas de color cobrizo, que tan sólo pedían vivir en una eterna mansedumbre. Es por ello que, de manera un tanto insistente, el escriba arremete contra ti en tres cuartos de página. Veo también un trazo filiforme de unas cinco o seis letras; aproximo la lamparita, tomándola por el cuello, pues de ese lado el legajo comenzó a anegarse de un amarillo destenido y me inclino, tembloroso, hacia donde están las letras. Parecen haber sido trazadas por un familiar de Domenicos Theotocopoulos, alias el Greco; están escritas como siluetas reducidas a una verticalidad vertiginosa y sus formas ostensiblemente homogéneas les confieren una fuerte identidad visual. Apenas se puede distinguir una b de una i. El policía colonial o escribano que redactó ese pedazo de informe estaba hecho un manojo de nervios; además era un maníático de la caligrafía fina, ajustada y, pese a la relativa ininteligibilidad de esas letras, las ciñó de un halo de sencilla belleza que, para él, contó más que las cosas irritantes que designaban. Lo veo a lo lejos; proyectó mis miradas mentales en aquel tiempo con el ceño fruncido, con la mirada fosca,

pero haciendo alarde de calígrafo, olvidando que su misión primera era rendir cuentas sobre un hecho inesperado de manera clara y no cultivar sus talentos para desahogarse en un ambiente de fanatismo e ímpetus guerreros.

Pese a todas las dificultades, logró inferir la palabra peligroso, aunque la s final se desdibujó; mas en la lógica que reconstituyo, no sin desconcierto, acabó por asirla. Sí, leyendo entre letras intuyó que te consideraron peligroso y desataron una caza contra ti: alabarderos, arcabuceros y profesionales del arte de perseguir con canes, muchos de ellos montados en los primeros caballos llegados al mal llamado nuevo mundo, perseguían un tanto desorientados tu rastro, sin el deseo de ultimarte, aunque en sus rostros se esbozara la desarticulación gestual propia del que se presume traicionado y dejó traslucir una porción naciente de odio.

Espetaban palabreas inmundas contra tu madre. Pero más bien querían apresarte y utilizar contra ti los ya consabidos métodos que la sombría inquisición había utilizado hasta la saciedad y que vino de manera siniestra a formar parte del folclor nuestro durante siglos: la gárrula, el potro, la tortura del agua y otras lindezas. A veces corrían tras de tu fantasma, trastornados por el mucho vino rancio tomado y el extrañamiento provocado por la abrumadora flora y fauna descubiertas. Al no encontrarte se tornaban coléricos y les sobrevenía, después de desahogarse contra indios atónitos y llorosos, una cólera aún más vengadora y patente contra imaginarios traidores y sospechosos de su propio campo.

Falleciste tal vez después de ser aprehendido, somnoliento y mordido por los canes o luego de un interrogatorio interrumpido cada treinta segundos por bofetadas y punzadas de cuchillos ensuciados con carne de cerdos salvajes y tal vez con veneno de víboras. Porque después de mucho andar y desgastarte físicamente bajo un sol áspero, lluvias torrenciales y noches durante las cuales dormías con un ojo abierto, fuiste tal vez acorralado, desprevenido, y apresado. Tu fuga fue a pesar de todo heroica, conociste la ebriedad de una vida abierta, aunque sin futuro tangible, pero la conociste, fuera de la cruz del fraile impostor y el brillo amenazante de la alabarda, al margen de ese estólido ordenamiento militar y de las misas de capas caídas, coronadas de sermones marciales y en las cuales el amor de Dios brillaba por su ausencia.

El hombre está sentado, sosegado, sobre un alto peñasco y la mirada erguida hacia un horizonte asaeteado por una abigarrada pulsación de colores. Son colores que provienen más bien de una fiebre intempestiva que lo atenaza desde hace dos días de corre y corre y que se la endilga a los mosquitos que lo hostigaron cruentamente cuando durmió a la vera de un río y al claror de una media luna dibujada por la magia de la noche. Son colores hijos del desvarío, de la ingente soledad, de la extenuación. Para creer aún en la vida, suele sentarse casi todas las noches frente a la belleza extática de aquella media luna que ilumina profusamente el río o sus afluentes, la consabida luna que deja caer con timidez sus destellos sobre los árboles de pomarosa y de jobos. Desgraciadamente las marañas que se entreveran en

esos árboles facilitan la tarea insidiosa de los mosquitos y la belleza nocturna se trueca en asedio e irritación. Mastica con gula unas guayabas y unos caimitos y cavila con una sonrisa de confianza y de escueta satisfacción sobre los próximos pasos que daría para continuar su aventura.

Ha perdido el sentido de la orientación, que ya se había un tanto desdibujado de su percepción desde hacía dos o tres días, pues el paisaje y sus infractuosidades tienden a repetirse. En efecto, el paso repetido por un paisaje repetido, no hacía más que sembrar confusiones en su espíritu y, peor aún, desorganizar el afinado sentido de acomodo que había fraguado en esas tierras. Logró memorizar el camino zigzagueante del río que hubo dejado hacia al menos ya veintiocho horas, y tomó la precaución de dejar detrás de su cuerpo ambulante, pequeñas hileras de semillas de caimito, a fin de poder devolverse en caso de que se enrumbase en un laberinto inhóspito. Pensó para consolarse que no iba hacia ningún lugar en particular, que nadie lo esperaba y que las probabilidades de dar con alguien para intercambiar palabras e ideas, eran remotas, para no decir imposibles.

¿Para qué entonces empecinarse y exigirse un trazado por menorizado en sus merodeos? Siempre estaría solo, tristemente solo, salvo si a otro conquistador, hastiado y rebelde, se le ocurría, en un súbito arrebato de exasperación, hacer como él, huir hacia la libertad y a la vez a esa inmensa, desolada tierra de nadie que se llama ninguna parte.

Siente en torno suyo un creciente contrapunteo de tórtolas y pericos y esos trinos suaves, casi dialogados, que le transmiten una sensación extraña, de hondo sosiego, de armonía sempiterna.

Después de varios días sin ver y escuchar a seres humanos de cerca, más allá de los asentamientos distantes de taínos de donde emana un jolgorio intermitente, ríe con candor y alegría. Ciento, es una alegría nerviosa del que se sabe vulnerable. Las aves y sus cantos lo alientan, le murmuran que la vida persiste más allá del mediocre vegetar en comunidad con sus parafernalias y servidumbres. En ese trance, el rumor animal se convierte en una imprescindible y cálida compensación de la obligada soledad.

Desde el peñasco donde otea un valle relativamente vasto, no percibe el más mínimo asomo de movimiento humano: ni humareda, ni tintineo de cascos, ni relinchos de caballo. No oye avecinarse la más mínima barahúnda de taínos en trance, bailando en torno a un areito circular ceñido de piedras, como suelen hacer al caer el crepúsculo, entre los árboles o cuando ofrendan a sus dioses propios, en su monserga melindrosa, para hacer gemir la lluvia sobre cultivos de yuca, que lucen un tanto desvencijados bajo un sol crudo y despiadado. Pese a aquella vasta quietud que lo rodeaba, no bajaría la vigilancia y, sobre todo, evitaría a toda costa sucumbir a una súbita somnolencia y a la inatención que la acompaña.

Hizo un rápido balance de su condición. Se sentía bien físicamente y ello se debía a que la naturaleza, rebosante de frutos, agua y animales, acompañaba con sus ofrendas carnosas, sus peregrinaciones y correrías por andurriales y montañas. Había optado en efecto por comer frutos, pues era consabido que le daban las energías indispensables para resistir a los azotes virales y a esa llama implacable caída del infierno, que persigue a los viandantes, llamada escor-buto.

Utilizaba su arcabuz con templanza y precaución. Dos veces no más había utilizado su arma, evitando provocar estertores en aquellos vastos silencios perfectos, pues de lo contrario atraerían a los recelosos aventureros. Se convenció de que una de las dos veces en que utilizó su entrañable arma de fuego, despertó inoportunamente la voluntad de asedio de sus antiguos compañeros, pues advirtió a lo lejos extraños movimientos de arbustos, oyó tal vez vociferaciones disminuidas por el viento, rápidos trotos de caballos que se avecinaban hacia el lugar del ruidoso disparo. Había disparado para matar uno de esos animales desconocidos de la isla, que para él eran parientes intrépidos del cerdo, que se abalanzó sobre él con encono y furia en un momento de distracción.

Odiaba a ese animal; era la quintaesencia de lo prohibido, de la fea condición porcina y desconfiaba sobre todo de su cambio de humor devastador. Pasaba del trote terco y apacible al acoso empecinado contra cuanto cuerpo se movía en su perímetro de merodeo; sus gruñidos bestiales anuncianaban muerte. Nunca comería cerdo ni algo que se

pareciera. Aunque era cristiano (nuevo, como se señalaba a veces con el dedo a aquellos cristianos allegados, que no convencían aún) heredó costumbres y tabúes judaicos de sus antepasados, que debieron aprender un consumado arte del disimulo para no correr una funesta suerte en algún sombrío tribunal inquisitorial de provincia, donde los prelados de la Santa Iglesia se desquitaban su mediocre existir mortificando a supuestos herejes. Sabía que el recelo con que lo miraron repetidas veces durante la travesía oceánica y en tierra provenía del hecho de que se le dificultaba sobremanera disimular sus aversiones. ¿Habían descubierto su doble pertenencia? Así lo intuyó. Un día por ejemplo salió por la región de la llamada Vega Real con cinco compañeros de armas a intimidar un asentamiento de taínos con el fin de indagar sobre un emplazamiento aurífero. Se detuvieron en el camino, después de haber abatido aquel animal desconocido. Procedieron a asarlo sobre brasas y hojarascas. El oficial que comandaba aque-lla ronda le preguntó con acentuada insinuación por qué no almorzaba con ellos aquella suculenta carne. Se limitó a comer pan y granos, pretextando que su estómago estaba indispuesto hacia las carnes de la isla.

La segunda vez que hizo fuego fue con el fin de ultimar una jutía, pequeño roedor cuyas carnes, bien adobadas con cebollas silvestres, perejil y hojas secas de almendras, no tenían nada que envidiar a la liebre castellana. Luego se guardó de hacer uso de su fierro y optó por recolectar frutos y esquivar con decepción a los animales que la naturaleza le ofrecía sin descanso.

Debía resucitar cada día, después de caminar y caminar y aguzar los oídos y afrontar la hostilidad de sus perseguidores y de los animales foscos y rabiosos. Se veía abocado a aproximarse de su sombra para olvidar tanta soledad y caminar siempre sin buscar nada, con la sola esperanza de indagar una naturaleza prodigiosa para descubrir más recovecos, frutas ignotas y regresar de nuevo a su rol de acosado.

Pero, después de algunas semanas disfrutando de valles y silencios, después de constatar que lo perseguían y que los taínos, que lucían lejanos a su condición estaban imposibilitados de establecer la diferencia entre los otros y su persona y se vengarían contra él, lo acometió una idea fija: estaba recorriendo el camino de su desarraigo, con una falsa serenidad no exenta de gravedad. Era lícito correr y tornarse inasequible para sus enemigos. Era normal que disfrutase de aquella libertad sin límites, pero en algunos días o tal vez semanas se daría cuenta que no era suficiente ser reacio a un orden, fugarse y respirar la libertad. La vida después de todo continuaba, pero vivir a solas, hablar consigo mismo, trillar caminos sin ningún horizonte definido, era un itinerario errático que acabaría por deshacer esa propia vida. Pronto ese deambular incierto, ese constante lidiar con la naturaleza para arrancarle sus frutos, se volverían desoladores caminos que no llevan a ninguna parte. Con el tiempo, esa temible sensación se tornaría un desesperado correr hacia la nada, desliz en una suerte de resbaladizo sin sentido, juego trancado, callejón sin salida.

El silencio, ese bien tan preciado que nos reconcilia con nosotros mismos, se convertía en una suerte de otro, de fantasma que molesta, que está omnipresente, que sojuzga, que acusa. Su sombra se transformaba también, con insidia, en un fondo abisal, en el signo de todas las ausencias, en un eco de su inquietud. Se dio cuenta que conversaba en voz alta con esa sombra para darse aliento, le contaba historias, risueño y confiado, pero también tenía la sensación de que esa misma sombra le espataba frases acusatorias, como el silencio: ¿y ahora, pendejo, que vas a hacer? ¿Quisiste fugarte? Pues, ¡jódete! El silencio y su sombra se tornaron una pareja burlona. En una ocasión incluso, después de una discusión interminable sobre la oportuna necesidad de fraternizar tal vez con los taínos, para redimir su humanidad, la relación de súbito, se estropeó y se puso colérico, profiriendo malas palabras a tropel. Acabó agarrándose a las trompadas con su sombra y, al ver que tan solo era un pálido reflejo de su persona y no más, se dejó caer sobre una hojarasca y allí con todo el peso de su cuerpo exte-nuado, irrumpió en llanto.

Otra vez hizo una pausa a la vera de un afluente del Yaque del Norte. Eran las cuatro de la tarde y el cielo estaba limpio de nubes; un viento dulzón oliente a guanábana y pomarrosas hilaba en la intemperie un olor placentero, favorable a la meditación. El graznido agudo y lejano de las tórtolas lo sumió mágicamente en cavilaciones sobre su destino. Los hechos hablaban por sí mismos; eran de una evidencia insoslayable: no podía vagar eternamente por las

montañas y caminos de la isla con su sombra encarnada y lo que ello acarreaba de parte de esa sombra inquisidora, de recriminaciones contra su opción por una fuga aventurera.

Estaba descartado entregarse; de lo contrario, iría a meterse candorosamente en la boca del lobo y así se consumaría su muerte. Continuar la marcha, pero ¿adónde? Su margen de libertad para escoger su destino se restringió sobremanera. Lucía demacrado y ofuscado. Lo envolvía la secreta impresión que debía pensar en lo impensable, despertar su ingenio a lo máximo.

Después de días husmeando en papeles que nadie había tanteado desde hacía decenios, he vivido en cuerpo y alma el itinerario aciago de Gonsalves. Vivió un momento de nuestra historia plagado de fanáticos o de hombres ávidos de extraer riquezas a costa de los otros y donde era inconcebible ser diferente, apartarse de un rebaño rabioso y desbocado, manifestar el más mínimo atisbo de disidencia, en fin ser un individuo. Hurgué en legajos y libros para extraer a ese héroe anónimo, a ti, Gonsalves del polvo y la incuria. Durante estos tres meses, me he encorvado sobre esos documentos, sin ser pagado para investigar en esta prestigiosa biblioteca, pues soy solamente un bibliotecario algo lunático y entrometido. Me han sermoneado tres veces; fue el subdirector de la biblioteca que, alertado por otros bibliotecarios, de mi duradero ensimismamiento, me preguntó si me pasaba algo, agregando que el resto del personal apenas me había visto laborar en mis tareas de bibliotecario

y que más bien me habían sorprendido en un sombrío y polvoriento rincón del depósito, hojeando ávidamente papeles diversos o en la parte trasera de la biblioteca, donde están alineados los diccionarios de castellano y latín. Le respondí que, en efecto, me había interesado en un detalle de nuestra historia renacentista, pero que hurgaba en legajos y libros después de haber cumplido mi deber para con los usuarios. Las tres veces que conversó conmigo, apreciado Gonsalves, me miró con cierta commiseración, incrédulo, sin despegarse de una ligera sonrisa de comprensión hacia mis caprichos eruditos. ¿Acaso no llevaba ya treinta y seis años en la biblioteca?

Hablar contigo, Gonsalves, conocerte, saber que afrontaste aquella horda inulta dirigida por decrépitos hidalgos, valió la pena, pues conocí un héroe enterrado por vencedores y vencidos, pero que dijo no, no a la estupidez humana. Ese hallazgo le expliqué con entusiasmo al subdirector de la biblioteca. Cuando fuiste capturado no cediste, pese a las torturas que te infligieron, no abdicaste de tu voluntad de ser libre. Sucumbiste al reto, fuiste atrocemente ultrajado y ejecutado. Husmeando más entre sus páginas macilentas, podría reconstituir con más minucia tu accidentado itinerario y escribir un artículo en la revista del archivo. Podré adicionar las acciones espectaculares, vejaciones y suposiciones plausibles, que giran en torno a los múltiples matices de tu aventura en selvas, cuevas, valles sin término, costas visitadas por indios antropófagos caribes. Lo importante para mí reside en el hecho de que no enloqueciste con la libertad conquistada, ni te entregaste, ni te lanzaste al mar desde un filoso acantilado. Así lo deduzco.

He pagado un precio moral por querer convivir contigo aquí y rescatarte de un humillante anonimato. He sido pensionado, querido Gonsalves, y ya era tiempo de ser honesto, que dejase la biblioteca y la vastedad de su ensangrentada memoria, pues tu estabas tomando más consistencia que los colegas y los lectores, que, a decir verdad, se tornaron fantasmas sin importancia, cuyos destinos giraban en torno a vacaciones en playas turcas, con librejos de Paulo Coelho en las manos, almuerzos insípidos en los McDonalds (¡te fugarías del barrio, Gonsalves, con estas costumbres mostrenas!) de la esquina y las consabidas conversaciones sobre el facebook y los nuevos celulares y bares de karaoke, con tapas cosmopolitas y todo. Estoy orgulloso de haber sonsacado un héroe pacífico de la oscuridad, lleno de coraje como tú, único, pues el destino te albergó en el anonimato hasta el fin de los tiempos.

El hombre se arroja a un tibio arroyo después de haber soltado su arcabuz y la alforja al pie de un arbusto de cajuil. Sumerge la cabeza repetidas veces en el agua un tanto enturbiada por las hojas secas y deshechas que caen sobre ese arroyo perdido a la orilla de un mogote. Siente un rumor extraño avecinándose, pero, no en derredor, sino más bien en lo hondo de su alma. Espeta un par de pa-labrejas en torno suyo contra su sombra, que traza una figura vertical en el fango espeso de la vera del arroyo. Lo habita la impresión de haber recorrido las mismas trillas y pasado por los mismos manglares, de haber bordeado los mismos árboles que, desde lo alto de sus copas, parecen mirarlo con una insistente sorna. La naturaleza se ha tornado hostil, a pesar

de sus frutos y sus viandas; se asemeja, desde hace dos días, a un ogro adormecido. Frente a él se abren luces polícromas y, a ambos lados del arroyo, pero en una perspectiva distante, ve fauces de animales ignotos. Se enjuga el rostro y ladea la cara nerviosamente. Puede distinguir las luces y las formas redondas u ovaladas de los animales, dragones, toros alados, cabezas de cabras degolladas, un bestiario semejante al que dibuja el apocalipsis. Se palpa el cuerpo con turbación para cerciorarse de que está despertado. Respira profundo y menea la cabeza con rapidez inusitada. Se palpa el cuerpo de nuevo como para ver si es de carne y hueso y no hecho de la materia vaporosa e imprecisa que poseen los seres y las cosas en todos los sueños. Se siente acosado, pero esta vez no son sus anti-guós compañeros de armas. Recoge su alforja y su arcabuz y, en el instante en que reanuda su marcha hacia ninguna parte, siente tras de sí que su sombra creció con desmesura. Asume una compostura tranquila, pero los rugidos y un estruendoso rumor de mar desatado, de maremoto, comienzan a envolver con insistencia su entorno de valle y árboles. Decide huir, primero a trote y dos minutos después corriendo, pues lo persigue su sombra llena de alabardas, gesticulando con aspereza. Nota en los árboles una hostilidad abierta y, observa a lo lejos el horizonte desdibujarse y, de su anchuroso hueco, irrumpen figuras grotescas, monstruos de varias cabezas que lo atraen hacia ellos.

Corre hacia la izquierda, zigzaguea hacia la derecha, sudoroso, alucinado. Tiene conciencia que el acto de correr está otra vez inspirado por su amor a la libertad. De ninguna manera desea regresar al campamento de conquista-

dores, ni siente el más mínimo arrepentimiento de haberse aventurado a campo traviesa, acompañado de su sombra, pese a que esta se ha rebelado con inesperada decrepitud con él. No, nada de pesares mi arrepentimiento. Corre, salta sobre peñascos, tropieza con raíces alambicadas, salta arroyuelos y, cuando encara el paisaje delante, se repite obsesivamente, lo dejado atrás, y lo habita la turbadora impresión de que corre sin avanzar, pues detrás, a la izquierda y a la derecha de su mermada silueta ve monstruos, árboles cada vez más grandes y hostiles, colores iridiscentes y sobre todo su sombra burlona y agigantada. En un asomo de desatino, Gonsalves grita a pleno pulmón y se desvanece en el paisaje quisqueyano. Su sombra lo arropa enteramente y se desvanece a su vez sobre su cuerpo para dejar el silencio perfecto habitando el valle. Siente hondamente el dulce dolor de perecer en la libertad y echa una mueca de asco hacia atrás, hacia su pasado.



Cuarto premio

Breve antología del amor antiguo

Seudónimo: "Mamita Muralla"

Autor: Eliezer (Emil) Matos

María Isabel tiene los cabellos negros, abundantes, sedosos; los ojos grandes, las piernas gruesas y un meneíto en las caderas cuando baila que te saca volando por la ventana. Es para fliparse. Estudia letras, igual que tú y, mientras se fuma exquisitamente un cigarrillo mentolado, mientras te lee poemas de Lautremont como si leyera tu sentencia de muerte, desnuda, en la cama, con las tetas meneándoseles cada vez que pasa la página, te vas enamorando de ella, te vas enamorando equivocada y locamente de ella.

La conociste en la clase de literatura inglesa y en la primera oportunidad le prestas un libro o le pides uno prestado y desde ya se establece el pequeño hilo entre ustedes que, con el paso del tiempo, se convertirá en un vínculo inquebrantable. Así que ahí estás, sentado nada más y nada menos que en el sofá de la sala de María Isabel, mientras ella cocina; te ha invitado a comer, bueno, la verdad, no solo a ti, pero tú prefieres pensar que fue solo a ti, que se

ha creado algo secreto que solo tú y ella pueden nombrar sin mover los labios; te recuestas en el sofá, fumas uno de sus cigarrillos mentolados, miras sus libros, la miras a ella y todo sucede aquella tarde, una tarde de abril en esta ciudad húmeda y caótica; la caída es tan fuerte, violenta y drástica, que ni siquiera te das cuenta, porque los grandes acontecimientos del corazón son a veces tan inenarrables, tan sutiles y etéreos que tú sigues viendo sus cuadros, disfrutando el delicioso olor de su comida, sin percatarte de nada. Y de súbito han tocado la puerta y es el marido de María Isabel que ha llegado, la ha besado, te ha saludado al igual que a los demás compañeros de la clase de literatura inglesa, se ha sentado a la mesa y María Isabel le ha servido y, sin embargo... María Isabel te mira, te mira, como miran las aves encerradas en el parque zoológico y tú dibujas una sonrisa ufana, apenas perceptible, mientras ella sirve el café y no sabes exactamente por qué, pero has pensado que es abril, simplemente eso, que es abril.

2

María Isabel era todo un personaje en los ambientes donde solía moverse. Los bares de la ciudad, que no son pocos, solían conocer sus gustos en materia de alcohol y, en los primeros tiempos, tú te quedabas atónito al ver que los bartenders adivinaban sus tragos favoritos con sólo verla en la barra. Se puede decir que aprendiste a beber bebiendo con ella. Que aprendiste a hacer el amor penetrándola de todas las formas posibles, mientras te hundías en sus ojos negros

y ella te llamaba su pequeño. Y tú no te dabas cuenta de la abolición del tiempo que significabas para María Isabel, mientras entrabas y salías frenéticamente de su vagina. Porque el amor entre ustedes nunca fue un asunto de necesidad espiritual, ni nada que tuviera que ver con el sentimiento; era la odisea de dos amantes que se desgajaban minuciosamente mientras la ciudad se hundía en el sopor de la tarde o de la lluvia. Y luego estaba la poesía. Como ritual final, colofón inevitable de sus tardes de amor desperdiciadas. Ella leía, leía y leía un poema infinito, que tú escuchabas como perro enamorado. Pero sin llegar jamás a descifrar que sus poemas no eran más que la transfiguración del amor pretérito.

3

María Isabel es referencia de esta ciudad. Al menos, para un amplio conjunto de amigos y conocidos que tú fuiste conociendo de a poco. Ella estaba en todas partes y, sin embargo, solo te miraba de vez en cuando, lo suficiente para que supieras que no había nadie más en el lugar que estaban ustedes dos. Siempre me pareció (siempre fue) una mujer intemporal, demasiado mujer para ti, no solo por el hecho de que estuviera casada, sino porque las conversaciones en las que participaba y las personas a las que frecuentaba o, mejor dicho, las personas que la frecuentaban y formaban parte de su círculo íntimo, no eran para nada el tipo de personas con las que solías intimar. Y, sin embargo, no había exposición, fiesta o conferencia a donde María Isabel no

llegara contigo. Tú fuiste su amuleto de la buena suerte. Su carta de presentación. Por supuesto, todo aquello era incomprendible para mí y para cualquiera que la hubiera conocido antes de tu llegada; una mujer que siempre se presentaba sola a todas partes y que era extremadamente selectiva para elegir amigos; de repente se prendó de ti como si de ello dependiera la vida. Eras un afortunado. Un agraciado de los astros. Y digo esto, no porque tú no fueras un buen tipo, pero la verdad no eras el gran partido en ese tiempo. Por eso y por muchas otras cosas, mucha gente se molestó con ella. Pero no había nada ni nadie que le hiciera separarse de ti. Fueron muchas las veces que supe de María Isabel defendiéndote, sobreestimando tus conocimientos de literatura o alabando tus poemas frente a todos, sin inmutarse. Eras la estrella, sin duda, pero nunca te diste cuenta y eso era lo que a todo el mundo le reventaba, porque al no darte cuenta de nada, paradójicamente, te volvías real, quiero decir, eras más cierto que muchos y María Isabel lo sabía y se había vuelto loca con tu inocencia, había perdido la cabeza por ti, me dijo una vez, te llamaba su pequeño. Había perdido la cabeza por su pequeño.

4

La primera vez que la besas, casi te mueres. Qué cursi eras, pero así me lo dijiste, casi te mueres. Pero a ti qué te importaba lo cursi, o qué te importaba la muerte. La besaste y saliste volando de su apartamento. A partir de ese momento ya no vuelves por tus pies a tu casa. Vas volan-

do. Cada día es otro día y, al mismo tiempo, cada día es todos los días. Asistías a la creación de una entidad. Así que, como tal, no podías perderte nada de ese tiempo. Abandonaste todo o casi todo. Abandonaste tus estudios de teatro. Abandonaste parcialmente la universidad; solo ibas a las clases que tenías con María Isabel. Dejaste de leer; solo leías lo que María Isabel leía y te pasaba; a partir de ella la literatura fue otra cosa. La vida era otra cosa. Pero sobre todo, por encima de todo, la literatura. Ella te instaba a escribir, a escribir más. A escribir mejor. Y tú lo hacías. Obedecías y tu escritura obedecía porque tu escritura era María Isabel. Era el amor de María Isabel. El sexo con María Isabel. Las caminatas diurnas y nocturnas de una punta a otra de la ciudad con María Isabel.

5

Summer in the city

*"Summer in the city means cleavage cleavage cleavage
And don't get me wrong, dear, in general I'm doing quite fine"
Regina Spektor.*

Es verano, pero en esta ciudad es igual que si fuera cualquier otra estación. Es verano, y comienzas a extrañar a María Isabel. Se fue en otoño. Y la última vez que la viste no te despediste de ella y tampoco fuiste a su fiesta de despedida. Porque sabías que, de haber ido, hubieras hecho el ridículo, al menos para ti mismo, un ridículo muy personal.

Así que te despediste como cualquier otro día, pero con la certeza de que no era otro día cualquiera, que a partir de ese día se desencadenaba una serie de hechos indescifrables en tu vida que te llevarían de vuelta, silenciosamente, a un estado anterior. Porque eso había sido María Isabel, una burbuja invulnerable que había envuelto tu vida los últimos años. Algo que habías vivido sin la certeza de saber realmente lo que estabas viviendo y que has perdido en el momento justo de darte cuenta. Pero ya es tarde. Siempre se hace tarde demasiado rápido en la vida. María Isabel se fue en septiembre y solo cuando su estela dejó de cubrir tu vida, te diste cuenta de lo que habías vivido y lloraste con la sensación de haber perdido algo que ni siquiera pudiste disfrutar a plenitud por no saber qué era.

Ella te lo dio todo y tú, eso lo sé, le hubieras dado todo de haber tenido algo. Pero estabas ahí, es innegable. Te convertiste en la sombra de esa mujer. En su versión masculina, porque María Isabel se convirtió en el leitmotiv de tu vida. En el prototipo de Ser. Y vestías como María Isabel, fumabas como ella, leías lo que ella leía y pensabas como ella y nunca jamás la contradecías y, si lo hacías, un argumento sencillo y hasta poco convencedor bastaba para que volvieras a estar de su lado. Te importó un carajo el proceso de desconfiguración que sufrió tu personalidad y el hecho de que nadie te reconociera en aquellos días. Ya no vivías para nadie, ni siquiera para ti; vivías para ella, para el

único ser seráfico que has conocido en tu vida. Porque la verdad, María Isabel no tuvo precedente y jamás por supuesto lo tendrá. Prácticamente vivías con ella o para ella o encima de ella; tu familia estaba más que preocupada por ti y a ti, un pito. Eras un fantasma de ti mismo, te abandonaste para entregarte a ella.

7

Tú no puedes perder un detalle de su vida. El mínimo detalle que revele un cambio es una zozobra para ti, hasta que lo desvelas y ella vuelve a pertenecerte. La ciudad fue para ustedes un lugar perenne, tú que te quejabas tanto de lo poco que había que hacer en esta ciudad, de la poca actividad cultural que te recluía en casa todos los fines de semana. Con María Isabel descubrirías muchas cosas sobre esta ciudad; una de ellas, que esta es una de las ciudades más hermosas de la tierra, pero que también es una ciudad maldita, porque sus habitantes no escatiman esfuerzos para estropearte la noche y sus secuelas.

8

Llueve, llueve torrencialmente, y María Isabel y tú están en la ciudad, están en las calles de la ciudad y caminan. Tú no lo sabes, pero ella te pertenece, te pertenece a ti en esta ciudad subdesarrollada, sumergida por los aguaceros de mayo; en cada esquina las niñas esperan con las bocas mojadas, ella te dice al oído. Caminan la ciudad, más bien navegan la

85

ciudad sin ir a ningún lugar específico. Suprema es la felicidad de María Isabel colgada de tu brazo, de una manera que ella definirá como personal y te prohíbe que alguien más se cuelgue de tu brazo de esa manera. Se sientan en un café y María Isabel comienza a leer los poemas, primero los de ustedes, los que hablaron de ustedes, pero que tú no sabrás hasta mucho después, y luego los de una galería de poetas que María Isabel acostumbraba a llevar en la piel: Novalis, Lautréamont, Rimbaud, Baudelaire, Benedetti. A Benedetti lo propones tú, por supuesto. Ella siempre los franceses, aunque a veces también te lee a Rilke y a Leopardi y a muchos más que ella te mostrará por vez primera mientras la lluvia cae y el humo de los cigarrillos mentolados inunda las bocas que se encuentran, como se encuentran los cabillos de mar en algunos documentales.

9

Van a las librerías. Van a los cafés. Van a la universidad. Hacen el amor. Se levantan. Leen los poemas. Salen a la ciudad.

10

Pero no todo era María Isabel. Es decir, sí; quiero decir, también estabas tú ante María Isabel. Pero tú ni siquiera sabías quién era María Isabel, ¿cómo ibas a saber quién coño eras tú? Tal vez eso lo precipitó todo. Presagió el final aunque nadie se diera cuenta. Una tarde, en su departa-

86

mento, has hecho un comentario sobre su cabello. Un comentario más bien vago. Dijiste, creo, que también se vería hermoso corto. Algo así. No presté mucha atención y María Isabel tampoco, aunque eso lo pensamos nosotros. La noche siguiente no estaba planeado que vieras a María Isabel pero estabas en la ciudad y sabías que ella estaría en la ciudad.

11

Una mujer cruza un parque. Una mujer hermosa cruza un parque. Una mujer hermosa, ataviada con un vestido verde claro, cruza un parque. Tú estás de espaldas a ella y no la ves al cruzar el parque, pero en un momento giras y ves un grupo de amigos en círculo, alrededor de la reina de la noche, que parece acabar de llegar. Entonces te levantas, caminas hacia el grupo, te abres paso en el círculo y es el rostro de María Isabel que te sonríe. Que te sonríe desde muy adentro. Como jamás te han sonreído; una sonrisa que evocará como ninguna otra la enorme y maravillosa complicidad de dos almas. Y tú sonríes. También sonríes. Alguien habla de comprar cervezas. Alguien enciende un cigarrillo. Ustedes son de piedra. María Isabel lleva el pelo corto.

12

Todo esto. Muy complicado. Es complicado. No puedo seguir. Hay que parar. Tienes que irte. Tienes que irte y

dejarme arreglar las cosas. Déjame arreglarlo, cariño y entonces, volveremos sobre nosotros.

13

Es otoño, de nuevo. María Isabel está en Europa. Tú estás aquí, cada día más deshecho, más mutilado, o al menos esas son tus palabras. Te he estado invitando a mi departamento con la ilusión de que pares ya de hablar de María Isabel. Sinceramente. Que digas todo lo que tienes que decir y podamos volver a nuestras respectivas vidas, no como si nada hubiera pasado, pero sí al menos volver, que intentes insertarte de nuevo en este espacio llamado vida. Pero no funciona. Aún tienes la esperanza de que María Isabel regrese. Te imaginas que ahora, después de su divorcio, a lo mejor podrían formar al fin una pareja, una pareja como todos los demás. Sabes que no es cierto, sabes que eso no va a suceder, pero eres masoquista, cursi y masoquista, y te empeñas en creerte aún que todo volverá a comenzar, que siempre hay tiempo para el amor, dices, no te das cuenta que estás abolido, que ella probablemente no vuelva más a esta isla maldita. Y así, cada tarde te desgajas y me cuentas una parte de la historia que no conocía, una parte que no le habías contado a nadie, es como si cada tarde volvieras a tenerla de frente, por el maravilloso poder de las palabras que te la dibujan de nuevo, por eso insistes en venir cada tarde a contarme algo nuevo. He abandonado todas mis esperanzas de que te recuperes. Tal vez le escriba a María Isabel a final de año, tal vez.

88

Menciones de Honor

Primera Mención

Locos por Tania

Seudónimo: Un Tal Lucas

Autor: Danilo Rodríguez

Tendría que decirlo todo así, en su conjunto, con el mínimo de cuidado; olvidarme de dos tazas de té que se van enfriando y poner sobre la mesa todas las cartas y arrancarme estas ideas de la cabeza. Tengo que permitirme decirlo así, sin que me dé cuenta, cómo sin darme cuenta comenzó todo esto, esta especie de aletargamiento, de transición de formas y colores y sabores vilmente degradados. Decirlo ahora porque me es imposible trazar la línea divisoria que me coloque del lado en que estoy, sudando como un animal y muerto de hermosura sobre su cuerpo desnudo, blanco, como las primeras lluvias de septiembre. Cuando reparo en ello descubro, sin sorpresas, que la cosa se dio toda así, sin que pudiera dividirme en retazos cronológicos de vida, y sin poder decirme una sola palabra de reproche, porque a) un gesto a tiempo, en el justo instante que lo necesitaba; b) una mirada mal puesta que recogían mis ojos serenos; o quizás c) un beso descuidado puesto en el borde de la mejilla, casi sin intención, fueron

las malditas circunstancias del tiempo que me han colocado aquí, con una alegría sorprendente, de un goce delirante, cortante daga que se abre paso por la selva virgen de sus piernas, mientras cae la noche.

Pero debo empezar antes, mucho antes; cuando su cuerpecito —de niña aún— se echaba a andar en los pasillos, frente a las aulas, o se tumbaba sobre el piso en los descansos, a leer revistas de cosméticos y de modas, vanidad de vanidades. O cuando su cuerpo se erguía sobre su butaca, dentro del aula, para alzar el brazo y pedir la palabra y saltar entonces con la bobada del siglo, solo para que yo le hiciera caso, para que la tomara en cuenta y empezara a depender de ella; o cuando se hacía la dormida, para que yo fuera a despertarla, tocándola en el hombro para que se estrujara el sueño de la cara, y me brindara con los ojos un trago dulce que llenaba de vigor mi cuerpo. La más de las veces yo la observaba desde lejos, entre el tumulto de sus amigos, cuando irradiaba esa luz que solo la belleza de la carne es capaz de irradiar. Yo la veía ir y venir, siempre sigooso, calladito, revolcándose por dentro ese panal de abejas constantemente zumbando. Y, sin embargo, fui siempre de una discreción maravillante; evité levantar sospechas entre mis colegas y buscarme líos grandes, innecesarios para una persona de mi edad, que triplicaba la suya. Como un dios omnipresente la veía andar por el colegio, sabía dónde podía estar o de qué forma estaba sentada; intuía las acciones que llevaba a cabo con los otros profesores cuando yo estaba ausente, porque mi cerebro la

imaginaba entera, siempre risueña y hermosa y mis ansias la seguían paso a paso en ese tren desordenado de la adolescencia.

Sin embargo, lo que más tenía de encantadora, lo que la hacía fulgurar entre todas las chicas de su edad, era la forma sutil, sin pretensiones, sin proponérselo casi, de volver locos a todos los muchachos del colegio que iban creciendo a su lado, que la veían cada día, con esa pequeña porción de levadura sexual creciéndole en las caderas y en el pecho. No porque su risa fuera hermosa, sino porque sus labios abiertos, hechos de carne, rojos como brasas, enmarcaban su cuadro; y no porque su mirada levantara muertos, escarchas del suelo, sino porque sus ojos materiales, carnales, eran los que la producían pura, negra, profunda. Eso era en verdad lo más hermoso que tenía: la dulce maldición de volverlos locos por Tania.

Y hay que decirlo todo así, sin prisas, lentamente, como lentamente me voy gozando su presencia ante mis ojos, entre mis manos que la tocan desnuda, de esquina a esquina, por todos los flancos, por cada rincón perfumado de su piel. Hay que decirlo así porque no hay poesía que emule su carne, ni letra perfecta que rebase su cuerpo; pero, sobre todo, porque soy yo, este viejo asqueante, a medio rasurar, despeinado, el que la está desmenuzando en lentas gotas de sudor y miel, y no uno de los niños bien de su misma edad y su misma estatura. Porque bien pudo haber sido Richard, o Lucas, o Tony: esos sí que eran lindos y

adolescentes; esos sí que eran clase de su clase, los tipitos que se la merecían, que merecían desnudarla y desnudarse a sí mismos, perdidos en la confusión de sus cuerpos desnudos, en la ausencia de sus padres, de vacaciones en el extranjero, en sus cuartos de niños ricos, sellados hasta el techo con pósters de Jimmy Hendrix o de Lady Gaga o de Ronaldo, que para el caso son lo mismo. No yo, porque yo soy esto que soy. Porque yo no valgo la pena. Ni para esto, ni para nada. Y sin embargo, sabiéndolo, teniendo tan baja percepción de mí mismo, no tenía ni la menor duda que algún día esto que me está ocurriendo en todo el cuerpo iba a sucedernos.

Al menor movimiento de su cuerpo algo en mí como un radar me ardía por dentro y se ponía atento; intentaba vislumbrarla, saber qué hacía justo ahí, tan bella y vestidita de adolescente. Aunque fuera una barbaridad, mis cuarenta y tantos años mal vividos entre libros de historia y ciencias políticas y procesos de geografía humana, no me lo perdonaban. Pero yo no tengo la culpa, no soy responsable de amarla hasta el fondo y de perpetrar cualquier hecho a fin de tenerla. Hace demasiado tiempo ya que dejé de sentir culpa por mis actos, ese falso sentimiento del pecador. Desde que mi mujer me dejó por la mujer de un abogado, llevándose mi única hija para criarlala en ese nuevo nicho familiar que la sociedad moderna permite y hasta alienta, a la honestidad y al correcto vivir y a la moral los he mandado a la mierda. Por eso me sustraigo, por eso siento el placer doble de estar tomándola entera y de habérsela

arrebatado a las manos inmaduras de cualquiera de sus compañeros, porque el barro crudo que se deja en manos de un aprendiz de alfarero termina dañado.

Cada mañana, mientras iba creciendo y dejando atrás su niñez, cada vez menos creíble, la veía repetirse, perpetuarse como un pichón de diosa antigua. Volvía sobre su rostro claro; recreaba en mi corazón las imágenes que tenían los atenienses de los cuerpos de las mujeres y los macedonios y las huestes de Darío sobre los cuerpos a borbotones de las persas antiguas y sus hermanas y las hermanas de las princesas del reinado de Ur. Yo volvía cada mañana sobre su cuerpo para darme un baño de bienestar, una dosis de algo que se parecía a la felicidad. Entonces comencé a odiar los fines de semana; los sábados, pero sobre todos los domingos, que ya en sí mismos son una serpiente de plástilina arrastrándose por las calles reventadas de asfalto, empezaron a parecerme días sin sentido, días en los que ni los libros sobre la sociedad feudal o los cambios climáticos de los polos lograron desdibujar su rostro, ni sus labios de entre las letras y las imágenes y las gráficas absurdas de histogramas y triángulos de colores. Sus manitas, dulces como un té de manzanilla, resbalando por las solapas de absurdos tomos; su cuerpo, herido por el aire, dejándose llevar por la corriente de los dos días, fueron los únicos datos importantes que memoricé durante todo un año escolar. Para mí solo existían los días regulares de trabajo, en los que había que cumplir un horario que nunca antes me había parecido tan hermoso. De hecho, el lunes pasó a ser el día más feliz

de mi nueva adolescencia y el viernes, ese grotesco monstro de la soledad, recibió toda la furia de mi odio más recóndito. El fin de semana era una casa hueca, un barril enorme que me devolvía mi propio eco y que enterraba en una negrura espesa la fresca aparición de su carita hermosa al principio de la semana.

Muchas cosas me habían pasado antes, muchas muchachas sueltas, desinhibidas, queriendo sacar ventajas de mi posición, me prometieron sus bocas, el Edén de sus senos paralelos como naranjas hermanas y hasta sus marañosas enredaderas entre los rieles de sus piernas; pero yo las rechacé. ¿Por evitarme problemas? ¿Porque les faltaba volubtuosidad? ¿Porque sus edades no cosechaban aún el fruto maduro y jugoso de la siembra del sexo? ¡No, señor! Nada de eso: era porque les faltaba belleza. O les sobraba descaro. O les importaba tres pitos irse con cualquier otro tipo como yo o como Richard o como Tony o Lucas; porque sus risas eran sus risas y ya; y sus ojos eran solo sus ojos y nada más; y sus carnes eran solo eso... Porque esos cuerpos de hembras recién horneadas eran solo cuerpos, vahídos, cansados de mundo, atormentados de tanta materia.

Con Tania la cosa era distinta, una aberración que pudo llevarme a la locura, a no ser porque yo siempre transformé nuestro amor secreto en intentos de poemas o sketches para dibujos o simplemente en irme a jugar tenis algunos domingos por la mañana. Y cada lunes siguiente disimula-

ba, cuando la veía a la cara, cuando la encontraba sola en medio de un pasillo o cuando estaba hermosa en frente de sus compañeros de salón, mientras yo les asignaba absurdas reflexiones sobre la revolución bolchevique o les aplicaba un examen, y yo, con los lentes a media nariz, sintiéndome malditamente santo y regocijado, fingía leer algo y aprovechaba la circunstancia para verle apenas sobre el libro, para amarla desde esa distancia de mi escritorio, robando la inocencia que destilaba su carne. Tania estaba siempre feliz, abstraída de mundo, cansada de algo que nunca supe distinguir. Por eso ahora, cuando la veo sufriendo de felicidad ante mis ojos nublados, cada vez que oigo un soplo como de hadas cercenándome los oídos, presiento que un enorme terror le llenaba las vísceras cuando la miraba, cuando la inquiría con preguntas fuertes sobre cosas que apenas conocía, cuando la encontraba en el patio, sola o acompañada, y yo seguía camino, como el Cirineo que ayudó al Cristo, aferrado a mi cruz.

A Tania no la recuerdo de otra forma más que hermosa. Cada vez que deposité sobre su cuerpo una mirada fría y dura, o de soslayo, desapercibida, estaba radiante, como recién surgida del mar. No logro recordar un solo día en que estos ojos, que se tragaron la tierra, la entendieran de otra forma. Pero la mañana en que por fin se vistió de mujer –fue en el teatro escolar, para representar un papel menor de dama lejana y solitaria–, y mis ojos vieron por fin a una mujer, todas mis armas se congelaron, se llenaron de un frío enorme que me bajó hasta el más ínfimo de los hue-

sos. Porque de pronto me di cuenta que no me estaba engañando, que ya era una mujer; que todos sus atributos –carnales, hermosos– estaban desarrollados al máximo: se había pintado los párpados de un azul intenso y los labios de escarlata y las uñas le brotaban de sus manitas blancas como dos llagas de durazno y su cintura se estrechaba con el ajuste inmisericorde de un corsé bajo el vestido; sus tacos altos, el moño en la nuca, como una flor inútil, los pendientes brillantes bajo la luz de los faroles... Todo. Lo recuerdo todo. Como ir a ver una película. Como estar en una película que fuimos a ver. Todas las moléculas que componían este cuerpo estrujado de viejo solitario se removieron sobre la butaca –la más cercana al proscenio– de la manera en que solo pueden moverse bajo el efecto cocainómano de la belleza extrema, perfecta, intachable. Así como ahora se estremecen todos los seres que me pueblan, ahora que estoy sobre su cuerpo sin ajuares, sin piezas de materia corrompible que lo adornen innecesariamente. Así como ahora la estoy tomando, o imaginando que la tomo, porque no sé si todo esto es verdad.

Desde ese día comencé a buscarla, a estellarle los ojos directos en el rostro; a olvidarme del enorme precipicio que separaba su cuerpo del mío, sus amores del mío; a arrinconarla como se arrincona a una presa desesperanzada. Ella comenzó a notarlo y comenzó a jugar el juego secreto que le proponía: me buscaba, con su mirada silenciosa, entre la multitud; hacía cositas lindas y extrañas para que yo no dejara de mirarla; y empezó a obtener las mejores

notas de toda la clase. Toda una retahíla de cosas bellas, degradadas con colores y sabores muy tenues, casi imperceptibles que solo los ojos que aman pueden ver. Noté que muchos a su alrededor y alrededor mío, se dieron cuenta, aunque todos me tenían sin cuidado; mi temperamento se fue cerrando en un círculo con ella en el centro y de pronto me vi rodando en espiral, atraído por una fuerza de gravedad más grande que mi voluntad y que mi moral y mi fama de buen maestro, más atrayente que los enormes beneficios de mi salario, mi buen nombre de historiador. Por las tardes iba a la universidad y daba mis clases más emotivo que nunca; comencé a perder los pocos miedos que me quedaban; abandoné mi suerte a sus designios; hervía de celos cuando la veía junto a sus compañeros, mis liliputienses rivales, pretendiendo ser niña aún, volviéndolos locos. Mis colegas lo notaron pronto; algunos me previnieron, me hablaron de cosas vulgares que yo no pude entender: legalidad, ética del profesional, buenas costumbres...; a todos los mandé a hacerse miembros de las asociaciones que agrupan a ex-degenerados jactanciosos y felices, es decir, al mismísimo carajo. Sin palabras, sin contradecirlos, sin tener siquiera que pelearme con ellos, sino con hacerle caso únicamente a un amor asfixiante, inhumano que me crecía por dentro y me ahogaba, que me obligaba muy en contra de mi voluntad a asediárla.

Por eso, el día en que se acercó a mí para preguntarme sobre los pormenores de una investigación que yo mismo le había asignado, la invité a mi casa. No tuve reparos ni

miedo ni vergüenza. Le dije que podía darle todo el material que quisiera, pero que habría de ser fuera del horario de las clases, porque en las mañanas, y ella no me dejó terminar para decir por supuesto, profesor, aunque no quisiera molestarlo. Era claro que ella conocía mi corazón inquieto como nadie y que admiraba en mí esa cercanía a las cosas, el conocimiento que desbordaba frente a ellos, mi amor por la belleza pura de los clásicos y el Renacimiento. Le dije que en mi modesta casa podría encontrar bibliografía suficiente, una biblioteca pequeña pero sustanciosa. Me sentí vulgar, infinitamente malo; en realidad no tenía yo más que una enciclopedia de unos cuantos tomos, unos libros de texto de varias generaciones de Ciencias Sociales y algunos libros de poesía; pero ni la maldad pudo superar esta fiebre de abrazarla, de robarle por fin el sello de sus labios con un beso profundo, amargo de generaciones. Ella dijo que si era una molestia para mí recibirla en mi casa, podríamos quedar en alguna librería o en el mall, y que yo le llevara los libros y así podíamos conversar sobre ello. Hacía el ridículo; se lo dije directo y ella se echó a reír con esa risa de maldita y a virar los ojos para todos lados como el que busca una columna donde apoyar su último respiro. Me dijo que iría sola, si no me importaba, porque no iba a compartir con los vagos de sus compañeros el resultado de su investigación y además quería hacer un reporte digno de mis exigencias y obtener las mejores calificaciones de su último año en el colegio. Ni qué hablar. Tanto ella como yo sabíamos que hablaba en claves falsas, por decir algo ante tanto descaro, ante la inamovilidad de mis ojos frente a su

rostro inverosímilmente hermoso de ángel. Quedamos para hoy. Le di mi dirección que anotó en un cuaderno junto a la denominación “El profe”, como un último gesto de burla hacia mí y hacia toda esta situación que se daba calladamente entre nosotros, hacia sus no bien cumplidos 17 años.

Yo la esperé sincero, como soy por las tardes, cuando no voy a la universidad: mi ropa habitual, mis olores vespertinos a viejo con colonias, mi barba sin afeitar y los platos y las tazas de café sucios. Por un momento sospeché que no iba a venir, que todo no era más que una pericia de todos los dioses para enterrar por completo mi única posibilidad de ser verdaderamente tomado en cuenta por la belleza. Sospeché que todo esto no era verdad, como no había sido verdad todo lo que ocurrió antes. Y volví a sentirme cruel, egoísta y ansioso. Volví a sentirme burlado por las trampas del destino y a dejarme caer encima una tragedia griega entera, con todos sus actos y sus soldados del mal. Pero empezó a caer la tarde y cuando todas mis esperanzas se habían desvanecido, el timbre sonó con una claridad tan hermosa que solo los más clarividentes espíritus del placer podrían haber asimilado: era ella. Venía vestidita de bella, con una blusa de seda rosada con flores grandes en todo el torso que le bajaba casi hasta las rodillas; llevaba los hombros descubiertos, violados por dos finas tiras del brassier que resaltaban la clara tersura de su piel; tenía los labios pintados apenas, tocados por una suerte de piel de manzanas; su cabello recogido en la mollera, como mejor le

quedaba, y unos pendientes de tela y pedazos de ámbar que subrayaban su presencia... Era el súmmum de la belleza, una idea platónica de mujer.

La invité a pasar enseguida, le ofrecí té y aceptó gustosa. Con el cuerpo hecho un solo temblor me fui a la cocina y puse tan rápido como pude una tetera, mientras le hablaba, gritando casi, para no perder contacto con ella y para disimular un poco todo este absurdo en que nos habíamos metido y que conocíamos en su más grande y verdadera dimensión. Cuando volví, había puesto sobre la mesa del mueble su cartera y sacaba unas hojas que me entregó para que yo las revisara. Las leí y juro por Dios que no supe de qué hablaban, pero le dije que iba bien, que tal vez debía mejorar un poco algunas características del estilo, pero que en general iba muy bien. No podía dejar de verla, de sentir su perfume irrigándose por toda la casa. Le devolví el papel tratando de controlar el temblor de mis manos. Pero ella lo notó, y cuando estiró su mano para tomarlo, pude darme cuenta que ella también temblaba y los dos nos echamos a reír como cómplices de viejas fechorías. Le pregunté si le gustaba la música y sin esperar a que contestara salté sobre el tocadiscos y puse a sonar un álbum olvidado, que vagaba sin sentido sólo en la memoria de los viejos como yo. Le pregunté si sabía quién era el artista y después de haber hecho como que escuchaba atentamente me dijo que no, ni idea. Le dije que era aún muy joven para reconocerlo. Me dijo que sí, que en efecto. Le dije que si quería nos podíamos ir al cuarto donde tengo mis libros para que ade-

lantemos un poco en la cuestión. Y dijo OK o algo parecido. Y se levantó y me siguió, tambaleando, con los ojos puestos en mi espalda, como dos alas clavadas en un ángel caído. Le acomodé una silla. Dijo gracias. Yo no dije nada. Se sentó. Corrió las cortinas. Intentó decirme que la disculpara por haber llegado tan tarde. Y le dije: no hay problema, te he estado esperando desde siempre. Y ella no dijo nada y yo volví a decirle: te he esperado desde siempre y ella bajó la mirada y soltó sobre la mesa sus papeles y su cartera y se pasó la mano por el pelo y tembló como gotitas de rocío y yo no supe qué más decirle porque el pitido de la tetera le interrumpió la premonición de una sonrisa y yo, sin dejar de verla, salí a buscar dos absurdas tazas de té de menta.

No sé si todo esto es verdad. Pero debo decirlo así, sin el más mínimo cuidado, como lo estoy diciendo ahora, que vuelvo con una bandeja de madera y sobre ella unas tazas y el azúcar dispuestos y mirando su cuerpo de mujer acercarse a mí para ayudarme a colocarlo todo sobre la mesa y rozar como una brizna mis dedos para que entienda que un gesto en el justo instante que se necesitaba o una mirada mal puesta que recogían mis ojos o un beso descuidado puesto en el borde de la mejilla se habían conjugado en el tiempo para que todo esto sucediera de una vez y yo no supiera distinguir en qué parte de nuestras vidas se dieron las cosas o si este aletargamiento de formas tiene fronteras o líneas divisorias, a no ser las de su cuerpo blanco que van quedando desnudas por el azar de mis manos y rematadas

de besos por mis labios que la rodean entera y van provocando diminutas explosiones de éxtasis en cada trocito de su piel y van llenando todo mi cuerpo de una cosa amarilla que se parece a la felicidad cuando se empieza a sudar o a un sueño en que una noche comienza a desvirginizar hermosamente, cruelmente a la tarde y va penetrando en sus grutas en silencio y a oscuras como un desconocido en casa de extraños olvidándose de dos tazas de té que se enfrián sobre la mesa.

Segunda Mención

Personajes

Seudónimo: Osiris Beltrán

Autor: Lady Laura Liriano Balbi

Cuando tenía la intención de escribir este cuento, me reuní con los personajes. Osiris Beltrán me pidió que, en caso de matarlo, utilizara cualquier método menos el de ser asesinado, quemado o ahogado. Ahora me siento limitado, pues hago de los personajes en mis historias todo aquello que me incapacito hacer en mi vida original. La fantasía de terminar súbita y eternamente con la existencia de alguno es exquisita: borrarlo, exterminarlo, saber que con solo unas letras dejaría de existir y abandonaría el mundo literario.

Analisa Asdrúbal es la dama en papel más interesante que ha pasado por mis manos; su naturaleza es más viva que la de las mujeres que conozco. Sin palabras, pero con acciones bien definidas, se opuso a ser la protagonista.

Las estrellas de mis cuentos son parte de lo que soy, sus acciones son un reflejo de mi esencia habitual o ficticia, tienen algo de mí, que dicen que son míos, que con ellos mi árbol genealógico aumenta. Y así, en este elenco, se suman

Víctor Asdrúbal, Astrid, Alan David... aun muertos, esperando su mención para tomar vida.

Vístete: palabra favorita de los hombres después que sus manos y la totalidad de su ser redujeron su mundo al ejercicio de quitar, romper, estrujar... (la ropa).

Vístete, debemos irnos, fueron las palabras de Alan. Su mirada disminuía el fuego de mi ser, la sed que dejaba en cada poro que puse a su disposición y que él, con la rapidez del tiempo o quizás por la premura del cerebro masculino, nunca notó.

Mientras cubría mi cuerpo con el último traje que me compró, miré el cuadro que estaba frente a la cama – “verdadero arte”, pensé-. Aunque nunca estudié en Bellas Artes, desde chiquilla tuve el convencimiento que arte es todo aquello que se graba con el alma.

La pintura representaba una niña en brazos de un hombre. Para Analisa simbolizaba amor fraternal, el contacto inocente que nunca tuvo en su seno familiar. Desde pequeña sintió que era una actriz: cuando estaba la madre, era la hija para el padre; cuando estaba sola con su progenitor, jugaba el papel de ser la esposa. Pero su actuación principal fue del ser sigiloso que, por miedo, nunca pronunció las palabras que pudieron liberarla de la realidad que la mataba.

Sonó el teléfono. Este aparato siempre me desconecta de mis pensamientos más profundos. Quisiera deshacerme de él, pero la tecnología es vital. Estoy atrapada en el sistema de comunicación constante. Ya no hay lugar ni espacio en el que pueda interiorizar: voy con el móvil hacia todos lados, incluyendo el baño y la cama.

-Aló.

-¿Analisa Asdrúbal?

-Sí, ¿quién me habla?

-Astrid murió.

Debería estar triste, llorar, impactarme... No le deseaba la muerte, pero tampoco tuve la capacidad de darle vida en abundancia; nunca me acostumbré al hecho de que fuera mi hija y hermana. Estaba enferma, esperaba que pasara.

La actitud de Analisa era real, estaba inmune al dolor. No la juzgo, es mi personaje favorito y, cuando se ama o hay preferencia con algo, siempre gana la justificación.

-Vámonos, tu hija ha muerto.

-Ya lo sé, no iré, Alan David, no iré.

-Y ¿qué harás entonces? ¿Crees que pasarán el entierro por televisión? ¿Que te mandarán el cuerpo por correo? ¿Enviarás una postal o escribirás tu disculpa en Facebook? Dime, Ana, ¿qué diablos vas a hacer?

-No volveré, no quiero ver a mi padre.

-No tienes opción. Si fuera de querer, cada día me pusiera sentimental y prefiriera no levantarme temprano a tomar la OMSA, ir colgado casi de la puerta con decenas de cuerpos encima para llegar al trabajo, ganar un sueldo que se extingue entre mis necesidades básicas y pago de cabañas para alimentar la infidelidad... Si fuera de querer o elegir, no estuviera contigo.

-¿Es tu manera de decirme que me vaya?

-No... Es mi manera de decirte que estoy hastiado de ti, de tu actitud... Que lo único que me une a ti es el sexo seguro. Es mi manera de decirte que no tienes sentimientos, que quise tener la responsabilidad de acompañarte al entierro de tu hija, quería sorprenderte, pero el sorprendido soy yo. Si esa es la manera que tratas a tu familia, ¿qué puedo esperar de ti?

Mi silencio respondió las incógnitas de David. -¡Qué idíota!, ¡poco hombre!-pensé; ¡mal agradecido!. Pero su idiotez me iluminó. Marché. Debía decirle adiós a Astrid.

Antes de la próxima escena, los prepararé psicológicamente. La Srta. Asdrúbal se dirige a Santiago de los Caballeros, ciudad que engendró sus raíces familiares y de la cual salió con la excusa de estudiar psicología clínica en la capital. Tengo la visión de que la mayoría de personas que se inclinan a esta carrera, lo hacen con el propósito de

entender o borrar las complicaciones de su ser; no están locos, pero, si no superan a tiempo las frustraciones, podrían llegar a estarlo.

Las expresiones del lenguaje son distintas en Santiago. He escuchado decir que es “español cibaeño”, pero, en realidad, es solo otra manera de pronunciar el idioma, necesaria para el nacimiento de dialectos. Antes de inyectar a mis personajes el lenguaje que utilizarán, me ubico en su habitat. Debo ir donde viven, relacionarme con los actores que los rodean, estudiar sus mañas, determinar a cuál época pertenecen, analizar su niñez, verificar su nivel de estudios... Lo más elemental: que las palabras que done al lenguaje que utilizarán sean creíbles para ellos, para mí y para el lector.

Cuando entré en la sala, tuve la impresión de haber presionado el botón de stop. Los presentes olvidaron el llanto, las conversaciones y el silencio. Discernieron que mi drama sería más interesante. -No es necesario ser actor para hacer un teatro; todos somos actores de nuestras vidas, haciendo siempre el papel que nos conviene con el personaje que nos represente mejor-, pensé. Era el momento de actuar.

-Adelante, dijo Víctor.

-Salgan todos, necesito estar sola con Astrid.
Obedecieron mi mandato, excepto mi madre.

Lo normal sería que Analisa corriera a abrazar a su madre, que lloriqueara en sus brazos y luego pidiera perdón, como en el típico drama de las novelas mexicanas; pero mi Ana es una intérprete de calidad; su acción debía encabezar los titulares de los periódicos que se editan en las mentes de los chismosos.

-Depué de 8 año y con tu hija mueita é que vienes.

-Después de 8 años, mi hija muerta y con valor incluido en mi paquete personal, es que regreso a decirte que mi hija es mi hermana y tu hijastra.

-Estás justificando ei abandono de Astrid. Te sientes mai y quieres encontrai cuipable.

-No vine a discutir los lazos familiares. Vine a ver a Astrid por última vez.

Me acerqué a la caja. La leucemia no logró borrar su rostro angelical; la delicia de sus manos me recordaban el suavitel con que lavaba la ropa. En ese instante, la amé profundamente, sólo en ese instante. Besé su frente. Salí. Aún me faltaba algo por hacer.

La casa había cambiado. Había perdido el toque acogedor, el sabor a pueblo. Anduve por todos los rincones y aún no encontraba a mi padre. Inmediatamente llegué, se esfumó. Opté por preparar café, pero al llegar a la cocina, los recuerdos de Víctor, apresándome en la meseta, turbaron mis sentidos.

Lloré por un segundo. Escuché su voz en el patio.

-Padre, te buscaba para despedirme.

-Creí que ya no me iba a hablai.

-El pasado lo olvidé; la muerte de Astrid permitió que recapacitara.

Hubo un silencio prolongado. Me incorporé.

-Permíteme abrazarte, ya me voy.

Lo abracé en la cintura. Recosté mi barbilla de su pecho para ver claramente su cara. Saqué el instrumento de la manga de mi mano izquierda. Rocé su espalda. Introduje el cuchillo en su cuello hasta quedar colgada de él.

Quien crea personajes es un artista, productor, artesano de la vida..., un pendejo que ha dedicado el tiempo en cada espacio de supervivencia para analizar minuciosamente las actitudes de quienes lo rodean y así asumir posturas para sus estrellas.

Para introducir personajes hay que desligarse de toda creencia que radique en nuestro ser, sin olvidar quiénes somos, pero arrinconando esas cositas que nos etiquetan. Vestirse del personaje en vida, para poder plasmarlo en letras.

Hasta aquí mi viaje. Mis familiares me necesitan. Debo ir a la cárcel y a un doble entierro.

Tercera Mención

El Equilibrista

Seudónimo: Irabazi
Autor: Sheilly Núñez Guerrero

Vas manejando de prisa en la autopista; ves a tu alrededor buscando aquello que falta en el cuadro general, pero sigues sin descubrirlo; ahí está el sol radiante de cada mañana, que te forzó a utilizar lentes oscuros, el pavimento un poco levantado en ocasiones, el gran muro que divide los carriles con su llamativo color amarillo, el grupo de conductores imprudentes que rebasan por las zonas equivocadas, las señales desgastadas, unos cuantos policías conversando mientras acarician sus pistolas. Sí, hay algo que falta, pero ¿qué es?

Llegaste a tu destino, quizás más rápidamente que ningún otro día. Tu mente iba entretenida con las imágenes que reconstruías de los días anteriores para buscar aquello que faltó hoy y, mientras cavilabas un poco antes de introducir la tarjeta en la máquina de control de entrada de la compañía en que trabajas, tu jefe pasó frente a ti mientras repetía: - *“Es el segundo día que llega tarde”*.

Al día siguiente, al entrar al túnel que conecta las partes este y oeste de la ciudad, te sorprendió encontrar a aquella mujer desaliñada, escuálida, con piel oscura, cabello despeinado -diría más bien, imposible de peinar, considerando los muchos nudos que con el sucio acumulado se le habían formado. Vestía harapos opacos por la mugre, andaba descalza, mostraba, a través de uno de los huecos de su blusa, un seno que colgaba tristemente del lado izquierdo del pecho. Su rostro no era distinguible; quizás era el rostro de la mayoría de los mendigos que habías visto en los últimos años; no había nada de especial, salvo quizás que los demás mendigos eran más cobardes que ella.

La mujer continuaba atravesando el túnel sin tambalearse, justo en el centro del carril, en el mismo medio de la ruta. Algunos choferes lanzaban frases poco amables a esta mujer que, con su calmada presencia, amenazaba sus vidas; cualquier descuido y algún vehículo colisionaría con ella, lo que sería una verdadera lástima, suponiendo que algún vehículo o algún conductor saliera perjudicado, porque la vida de ella, es lamentable decirlo, no vale mucho que digamos, solo una loca más. Al verla hoy recordaste que era ella lo que faltaba el día anterior; faltaba que, como era costumbre, en vez de atravesar el túnel, estuviera equilibrando su cuerpo por encima de la separación de concreto de la autopista como todas las mañanas. Admirabas verla caminar con los brazos un poco separados del cuerpo y la cabeza baja; recorría kilómetros y kilómetros de cemento alineado, salvando los pequeños obstáculos que representa-

ban las placas reflectivas de color rojo interpuestas por espacio de algunos metros en las curvas pronunciadas. Faltó ayer a su trabajo de equilibrista; faltó ayer al trabajo de balancearse graciosamente entre la vida y la muerte. Pero no podías reprocharle por ayer; ella nunca faltaba al trabajo de ser maldecida por los conductores y de fascinarte con su equilibrio.

Al presentarte de nuevo frente a la máquina de ponchar la tarjeta de entrada a la oficina, aparece la figura de tu jefe reprochante: “*Nueva vez, ¡tarde!*”.

Al día siguiente, madrugaste lo suficiente para encontrar a la equilibrista en uno de los tramos de la autopista; estacionaste del lado derecho, en zona permitida; esperaste pacientemente a que cruzaran los vehículos y, siguiéndole el paso, te ajustaste la corbata dentro de la camisa a través del espacio formado entre los botones. Con bastante esfuerzo lograste subir encima del concreto; la mujer se volteó para mirarte; esta vez su rostro dejó de parecerse igual al de los muchos locos que habías visto; esta vez la equilibrista tenía un rostro para ella sola. Te miró e, ignorándote por completo, siguió su camino. Seguramente pensaba en el trabajo pendiente de caminar cientos de metros para bajar del muro y entrar en el túnel hasta completar su recorrido diario.

Lo que parecía tan fácil, visto a lo lejos, era una tarea de astronómica dificultad. Ella ya había avanzado varios

metros y tú, aún unos cuantos pasos, de los cuales los primeros pudiste darlos agarrándote del tubo de una publicidad política que había sido rígidamente asegurada en el muro, cubriendo casi por completo una señal de curva peligrosa. Escuchaste a tu alrededor un tumulto poco usual en la autopista a esa hora de la mañana; escuchaste a algunos gritar “Dios te ama”; a otros “una mujer no vale la vida”; escuchaste a algunos llamarte loco y maldecirte, pero solo a ti; nadie le gritaba a ella. Esta vez, cuando llegaste a la oficina todo sudoroso, con la camisa oliendo a humo de vehículos y el cabello despeinado por la brisa, encajaste la tarjeta en la máquina de ponchar, mientras tus ojos buscaban la figura de tu jefe; caminaste unos cuantos centímetros hasta pararte frente a su oficina; lo saludaste amablemente hasta esperar que te reciprocara el saludo y, a pesar de tu condición física tan impresentable, fue imposible que se diera cuenta de tu facha, porque hoy habías llegado a tiempo.

Cuarta Mención

Volver con la muerte

Seudónimo: Eros Mustafá
Autor: Roberto Adames

*¿Que quién ha vuelto?
Ha vuelto aridez; olvido.
Ha vuelto la migaja de la desolación.
Mike Prysner (Veterano de Iraq)*

No intentes engañarte. Lo sabes. Hoy también es lo mismo: entras al bar; tomas tu posición. Haces señas al mozo. Una especie de Código Morse se entrelaza en tu único brazo. Él comprende el mensaje y extiende su mano. Le arrancas de un tirón tu acostumbrada botella de coñac. Todo igual. Napoleón del económico. Él se marcha callado, nada cambia. Como autómata miras a los presentes; no hay mucha variación, desde los burdos traficantes de chismes y rencillas hasta los anacrónicos proletarios de desvelos ajenos. Los recorres a todos, mirando sin mirar. Por debajo del oscuro cristal de tu lente, te percatas de que nadie te mira; entonces respiras profundo, presionas el aire dentro de tu vientre, introduces la mano en el cinto; tus dedos hurgan

con avidez, nada es ajeno a ellos, el lugar es el mismo y ahí está, el revólver, un LeMat 1856 original; lo giras con tu índice, lo vuelves a guardar; luego te agachas, sacas del interior de tu zapato un sobre oscuro del tamaño del palmo de tu mano; lo viertes apresuradamente en la copa junto con el alcohol y empiezas a beber.

Ahora piensas que es mucho más sencillo; tan simple como clavar la mirada en la blanca pared y dejar que una copa escolte a la otra por un camino, a veces no tan largo, que habrá de conducirte, íntegro en su llamado, hacia una disfrazada realidad de cuervo resignado. Entonces es eso: ver venir un collar de luces coaguladas a verter los pruritos por doquier, a invadir el lugar; el bar que se vuelve todo pared blanca, los dedos que se pierden entre la invasión del propio tacto y el vaivén del océano retenido en cada trago, la memoria que se transforma en el eje de un carrusel de terribles recuerdos. ¿Y qué es lo sencillo, entonces? Bueno, te dirás, es el dejarse poseer por el célebre momento en que el alcohol hace nupcias con la sangre. ¿Y para qué sirve? Ah, eso es lo interesante: sirve para poder tocar a mano limpia el embotado filo de una realidad que bajo cualquier perspectiva diferente pudiera resultar cruel, aterradora, pero que ahora, bajo esta condición de anestésica suerte, permite jugar a reordenar las fichas con mayor serenidad y, a la vez, ofrecerse uno mismo una respuesta, podría decirse, que hasta algo razonable ante la situación. Aunque en el fondo -también lo sabes-, no es más que una farsa.

Después es la segunda parte; es una pesadilla siniestra y obsesiva que te vuelve sudoroso y delirante a lo largo de toda la madrugada, obligándote a perseguir a tientas, con una mezcla de imprecisión y torpeza, sobre la mesita de noche, una jeringa para inyectarte tu inevitable dosis de morfina, porque sabes que adherirle pastillas o cualquier otra cosa al coñac deja de surtir efecto a esta hora y es solo así, haciéndote un torniquete con una media que logras sosegarte; consigues desvivir la nitidez de esas imágenes abrumadoras; de esos ruidos estruendosos. Es un aliciente que te permite, aunque sea por un momento, olvidar a los muchachos del sexto escuadrón de artillería: al teniente Mendoza, cayendo destrozado justo a tu lado, desperdigando las vísceras entre la maleza; al sargento López, con el bulto de tripas en las manos, implorándote con voz ester torosa, le concedas la misericordia de un disparo en la cabeza. Solo de esa manera, con esa especie de bálsamo nocturno, logras esa anhelada seudo-tranquilidad; un éxtasis tan grande como cualquiera de cuantos te ofreciera Nina Simeón, una negra cubana de insólitas y temibles caderas que te volvieron loco desde el primer día en que la viste pasar frente a la pensión en que aún desvives. Uno de esos desvencijados cuartuchos hediondos a rata, que el gobierno asigna a los veteranos de guerra que reniegan de sus familias, ya sea por causas muy expuestas o muy propias. Así lo dices tú a cada instante; así maldices esa pocilga en la cual tantas veces te lanzaste sin paracaídas en el bien tallado cuerpo de Nina, esa Nina que por un tiempo se convirtió en parte de tu vida, quien hasta cierto punto

fue tu cómplice de deshoras, de vértigos y desalientos y quien te brindó el caramelo de su perforado cuerpo, premiado con tatuajes, flechas y cicatrices de otredades, sin cuestionarte nada, dándote la confianza de mostrar tus despojos, de desnudarte y enseñar el abanico cruel de tus mutilaciones: una pierna, un brazo, las migajas voraces que trajiste contigo de la guerra.

Sin embargo, hoy es otra realidad la que te toca enfrentar; hoy no está Nina Simeón para curar tu herida con su llaga; ella al igual que tú mismo, tampoco fue capaz de soportar el azufre con fuego que corre por tus venas, eso que no se ve: los dañinos vestigios, que no se sepultaron en el campo de batalla y sin control corrieron tras de ti, escoltándote cual cauce de aguas negras. Ella es también historia atiborrada, historia que junto a lo demás conforma un navegar en círculos, como la medalla que te puso en el cuello el Señor Presidente, como el homenaje y toda esa parafernalia que todavía te cuesta trabajo recordar, solo son firmes componentes del susodicho carrusel: barquitos de papel en un mar de coñac que persiguen su propia sombra, tintando de gris cada segundo; que desde tu regreso han sido celosos conductores de tu fúnebre existir.

Lo más terrible y negatorio para ti, es que nunca escucharás a nadie hacer comentarios sobre lo que habrá sido de aquel héroe de bombos y platillos, de vítores y hosannas, ese que detonó granadas con su carne, receptor infalible de mil balas; que mercadeó la mitad de su cuerpo por honor y leal-

tad a su patria; aquel hombre valiente que arrastró compañeros desmembrados muriendo a cada instante en sus miradas. Bueno, amigo mío, ya te ves y hasta tú mismo has perdido el asombro; relegado, te sabes al ínterin de un plano cotidiano, donde nada sucede, donde aquel que te mira no espera al simple pestaño sin antes abandonar sus ojos de tu rostro. Atado a un tiempo que no pasa, que se queda trajinando; que solo cambia de rostro y pendula, va y viene, desde el temblor de la blanca pared que vigila en el bar, hasta el impreciso instante de la cruel pesadilla que aguarda sigilosa para asomar por la ventana de tus sueños. Ahora estás aquí, sin saber qué hacer, girando con tu dedo un torbellino de seis balas, un LeMat 1856 que puede perforar el universo con un tiro, confundido, en el plano indeciso de asesinar a un hombre o a unas ganas, perdido en un bullir de metáforas desfasadas, en un círculo vicioso de apatías, donde a nadie le importa lo que hiciste ni quién eres, donde cada momento es una oportunidad para reconvencerte de que a ninguno le interesas, ni siquiera a aquellos que una vez por año raspan tus cicatrices para rendirle un fingido tributo a un héroe que hace tiempo murió envuelto entre el olvido y el hedor a podrido de retazos de sábanas; luego es allí, nadando en el sudor viscoso de la madrugada; idiota y torpe, tratando a puras bregas de cocer un recuerdo que a ratos se encrudece.

Nuevamente, el giro. La acción. Vuelves al comienzo. Completamente acicalado. Zapato a dos tonos. Pantalón en lino, ventilando su retazo de ausencia. Avanzas. Piensas

que avanzas. Camisa a cuadros, recogida hasta el hombro su porción de desgracia y silencio. Mitad hombre, mitad silla de ruedas. El bar te espera. Tu esquina te espera. Maniquí deformé. Caminas impulsado por el motor de una ira legendaria que atraviesa el más inhóspito y rugoso rincón de tu ser; que se columpia en el tufo de una desgracia que sabes tuya y de nadie más. Acéptalo, capitán muñón. Aunque no lo comprendas por ahora, tu deber es repetir el ciclo una y otra vez; estás condenado a representar a aquellos sin representación, a rodar, ir de aquí para allá, encontrar algo de sensación en la acechanza, beberse un cóctel de sentimientos furtivos, de amores, de silencios y abandonos; luego soñar, deambular buscando lo imposible y nuevamente repetir el ciclo...

No intentes engañarte. Es y será lo mismo. Sacas nuevamente el revólver. Abrazas la empuñadura, abres el tambor, te percatas de que ahí están las balas. Acaso una no es suficiente. Maldices en tu mente ese olor a pólvora. Acaricias suavemente el gatillo, levantas la mirada y pum..., los cristales de un vaso roto vierten migajas de luces en el piso. Lo tuyo es algo triste, insistes en buscar una salida que no ha sido creada. Que no existe. La muerte no siempre libera, muchas veces es limbo; vive contigo a cuestas.

Quinta Mención

Sobrevivientes

Seudónimo: Némesis
Autor: Javier de Jesús Rodríguez Diloné

Negro permanecía detrás del árbol que le servía de parapeto, con el fusil empuñado y sin poder disparar; la andanada de disparos no tenía pausa y eso hacía imposible ripostar el ataque. El espesor del tronco se había reducido a casi la mitad de su grosor. Los proyectiles de las ametralladoras calibre cincuenta lo hacían saltar, convertido en astillas. El hombre había sido alcanzado por un proyectil, prácticamente le habían desprendido el glúteo derecho, el cual sangraba profusamente. Era cuestión de tiempo para quedar desprotegido frente al enemigo, ya que el tronco iba desapareciendo paulatinamente a consecuencia de la incesante andanada de disparos.

Los cinco hombres se apostaron detrás de aquellos árboles que daban sombra al pequeño río que corría detrás de la inexpugnable fortaleza, cuando aún el sol no había salido. Cuatro de ellos habían sido abatidos y sus cuerpos se ha-

llaban en el lecho del río, acribillados por los disparos de aquellas máquinas de muerte.

Negro estaba convencido de que dentro de poco, también su cuerpo le haría compañía a los que yacían en el río. Se preguntaba cómo habían cometido la equivocación de intentar el asalto a la fortaleza. Ellos sabían lo arriesgado de aquella aventura. El lugar estaba bien guarnecido con armas de alto calibre y una dotación militar numerosa. Además de lo difícil de penetrar por la parte trasera, era casi imposible acercarse, debido la existencia de un talud de casi cinco metros de altura, sin ser barrido por las ametralladoras que estaban emplazadas por todo el perímetro.

Al hombre que se protegía detrás de aquel árbol lacerado, el tiempo le parecía eterno, y no vislumbraba la posibilidad de escapar de los disparos que lo mantenían inmóvil. Perdía sangre y sabía que, si no lo alcanzaba un proyectil, moriría desangrado si no lograba salir a tiempo para intentar detener la hemorragia.

Por su cabeza pasó toda su vida como la proyección de una película, en un breve instante. Estaba convencido de que jamás volvería a mirar los rostros de sus hijos. Creía que había llegado el fin e imaginó su funeral, en el que sus amigos entonaban el himno de la patria, mientras avanzaban con el ataúd en alto. Estaba en estos pensamientos cuando notó que había cesado el sonido de los disparos; entonces pensó en la posibilidad de poder abandonar aquel tronco

que ya no le ofrecía ninguna protección. En ese momento vio una roca en la otra orilla del estrecho río. Calculó sus posibilidades, que no eran muchas, pero se hacía necesario abandonar ese lugar y sabía que, si lograba llegar a ella, quizás tendría posibilidades de escapar. Saltó de prisa hacia el centro del río, cojeando, debido a la herida en la parte superior del muslo derecho. En su rostro apareció un gesto de dolor. Al saltar, pudo notar que la bala había dañado su tejido muscular, pero sus huesos estaban intactos. Casi alcanzaba el refugio de piedras cuando sintió como si se le desprendiera el hombro izquierdo y en ese instante volvió a escuchar el incesante tableteo de ametralladoras. Su hombro estaba hecho pedazos y un dolor lacerante le embargaba. Sangraba con profusión, pero ya estaba detrás del promontorio rocoso y fuera del área visual de los soldados que operaban las armas. Después de un buen rato disparando sobre el lecho del río, el silencio había arropado la trágica mañana.

El hombre comenzó a alejarse, arrastrándose entre la hierba. Avanzaba con lentitud entre las malezas, mordía sus labios para soportar el dolor de sus heridas, su boca se ressecaba y una intensa sed le llegó repentinamente. Comenzó a sentirse débil a causa de la pérdida de sangre, pero continuó arrastrándose.

En los alrededores había casas habitadas. Su objetivo era lograr acercarse al patio de una de esas viviendas, donde estaba seguro que lo esconderían y le prestarían ayuda. Los

revolucionarios contaban con la simpatía de los ciudadanos que se arriesgaban para auxiliarlos.

Su avance era lento y doloroso. El sol quemaba su piel y su sed aumentaba. El silencio era inmenso y el hombre herido veía las edificaciones lejanas y difusas, pero continuaba arrastrándose lentamente, sin detenerse.

De repente, el silencio fue roto por el sonido de unos pasos. Negro se detuvo y trató de confundirse con la maleza que lo rodeaba. Escuchó la conversación de varias personas. Presintió que eran los soldados que venían a recoger a los muertos. Escuchó una voz potente que decía: -¡Capitán, hay cuatro comunistas muertos aquí! -¡Súbanlos al jeep y vámonos!- dijo el capitán. Entonces, Negro escuchó aquella voz que habló potente: -¡Aquí hay rastros de sangre, capitán! Parece que por aquí uno se escapó. El capitán dijo: -¡Búsquenlo entre esos pajones y, si aún vive, péguenle un tiro en la cabeza!

Negro sintió que un escalofrío le recorría por todo el cuerpo, y trató de confundirse con la hierba que lo rodeaba. El soldado avanzaba tras el rastro de sangre, y el herido hacía esfuerzos para soportar el dolor y la sed inmensa que sentía. Los pasos se acercaban cada vez más. El soldado estaba a poca distancia de él. No solo lo escuchaba; podía ver sus piernas metidas entre las botas militares. Con un par de pasos más tropezaría con su cuerpo. “Todo terminó”, pensó, “pero no será tan fácil deshacerse de mí”. Entonces

extrajo una pistola de su cintura y se preparó a vender cara su vida. El soldado dio un paso más mientras Negro soportaba el dolor de su hombro herido al levantar la mano para disparar. En ese momento, sonó el vozarrón del capitán llamando al soldado: -¡Sargento Rosario! ¡Venga inmediatamente y deje eso! El sargento giró y, al hacerlo, casi aplastó la cabeza del herido con sus botas.

Anexos

Acta Única

Los miembros del jurado designado para ponderar las obras sometidas al Decimoctavo Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 9 de abril del 2011, en las instalaciones de esta institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

Ganadores de los premios:

Primer Premio:

Título: "Alturas que matan"
Seudónimo: Norma
Autor: Roque Diómedes Santos

Segundo Premio:

Título: "Dominicus Sireinoform"
Seudónimo: Clarice Lispector
Autor: Sherezada (Chiqui) Vicioso

Tercer Premio:

Título: "Gonsalves o el tiempo y sus
tinieblas"
Seudónimo: Lievin Oblonski
Autor: Olivier Batista Lemaire

Cuarto Premio:

Título: "Breve antología del amor
antiguo"
Seudónimo: Mamita Muralla
Autor: Emil (Eliezer) Matos

Por otra parte, el jurado también decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Ganadores de Menciones:

Primera Mención:

Título:	“Locos por Tania”
Seudónimo:	Un tal Lucas
Autor:	Danilo Rodríguez

Segunda Mención:

Título:	“Personajes”
Seudónimo:	Osiris Beltrán
Autor:	Laidy Laura Liriano Balbi

Tercera Mención:

Título:	“La Equilibrista”
Seudónimo:	Irabazi
Autor:	Sheilly Núñez Guerrero

Cuarta Mención:

Título:	“Volver con la muerte”
Seudónimo:	Eros Mustafá
Autor:	Roberto Adames

Quinta Mención:

Título:	“Sobreviviente”
Seudónimo:	Némesis
Autor	Javier de Jesús Rodríguez Diloné

Redactado y firmado en La Vega por los jurados de este concurso, hoy 9 de abril del 2011.

Lic. Carlos Fernández-Rocha, Lic. Emelda Ramos, Lic. Luis Beiro Álvarez Testigo: P. Eduardo García Tamayo, SJ

Palabras de agradecimiento

Lic. Roque Diómedes Santos
Ganador del 1er premio

Julio Cortázar dijo en una entrevista en México: “es muy fácil advertir que cada vez escribo menos bien y esa es precisamente mi manera de buscar un estilo”. En los últimos años me he sentido identificado con estas palabras del maestro del relato argentino. “Cada vez escribo menos bien”; la razón es sencilla: he abandonado la escritura de largo alcance, es decir, aquella que sale del alma, de la nostalgia, del desconsuelo, del llanto amargo, de la sinrazón, la escritura que es protesta contra la anomia social y cultural de este siglo en tierras del subdesarrollo. La razón del abandono es variada; pero de todos modos hay cierto dejo de pesimismo y ciertas notas conformistas en esta postura nada loable, pero vivible.

“Cada vez escribo menos bien”, he repetido una y otra vez en los últimos años, pues he pensado que mi escritura se veía afectada cuando mi existencia resultaba ser un esfuerzo por ajustarme a lo que hay ya que, impelido por el poder de lo real, me he visto, al igual que otros ganadores de este concurso, en la

necesidad de jugar rudo por la sobrevivencia en el ejercicio del pluriempleo.

Pluriempleo y “buena escritura” no es una mutual ganadora; de modo que, oh grata sorpresa, cuando recibí la llamada de la fortuna que me decía a través del auricular: “estás entre los ganadores de este año en Santa María”. Santa María es una tradición renovada en la excelencia y en la transparencia; la pulcritud con la que el jurado evalúa las obras recibidas es reconocida ampliamente. De modo que “estar entre los ganadores” es buena señal de que “si bien es cierto de que se está escribiendo menos bien, por lo menos se ha llegado a un estilo de escritura que hoy es reconocido”.

Partiendo de estas premisas, queda a los críticos nacionales salir de la misma esfera y ver la obra que está ahí, aguardando pacientemente por sus dientes afilados, presta a ser devorada hasta dejar en ella lo de alguna valía para la posteridad en esta nueva manera de hacer literatura, de hacer arte a través de la palabra. Estimables críticos, valoren también lo que se publica a través de las antologías de los distintos concursos literarios realizados en el país.

Sin más, gracias eternas al grupo León Jimenes por el patrocinio, a Radio Santa María por la convocatoria y a los miembros del Jurado por premiarnos, de todo corazón y en nombre de todos los participantes: muchas gracias.

Este libro se terminó
de imprimir en
Santo Domingo
en octubre de 2011





GRUPO LEÓN JIMÉNEZ
Por una mejor nación.



CONTRA PORTADA



18^{vo.}

Concurso de Cuentos
Radio Santa María
Cuentos Premiados



POR

TADA